

Fuimos tan terriblemente consecuentes...

Una conversación acerca de la historia de la RAF con

Stefan Wisniewski

seguido de

La guerrilla urbana ya es historia

Comunicado de disolución de la RAF



Título original:

**Wir waren so unheimlich konsequent ...
Ein Gespräch zur Geschichte der RAF mit Stefan Wisniewski,**
ID-Verlag, Berlín 1997

Maquetación y cubierta:

Virus editorial

Traducción del alemán:

Ana Valverde Seeger/Virus editorial

Primera edición en castellano:

octubre de 2002

Edición a cargo de:

Virus editorial / Lallevir S.L.
C/Aurora, 23, baixos
08001 Barcelona
Telf./fax: 93 441 38 14
correo electrónico: virus@pangea.org
http: www.viruseditorial.net
www.altediciones.com

Impreso en:

Imprenta LUNA
Muelle de la Merced, 3, 2º izq.
48003 Bilbo
Telf.: 94 416 75 18
Fax: 94 415 32 98
correo electrónico: luna-im@teleline.es

I.S.B.N.:84-96044-03-3

Depósito legal: BI-

Nota editorial

No resultan muy frecuentes las reflexiones sobre grupos armados como la Rote Armee Fraktion (RAF – Fracción del Ejército Rojo) —que actuó en Alemania principalmente en los años setenta y ochenta, aunque mantuvo su actividad hasta bien entrados los noventa—, realizadas por integrantes de la organización y que, sin renunciar a su pasado, intenten hacer un análisis autocrítico de su práctica militante.

Stefan Wisniewski, encarcelado en 1981 y condenado a dos cadenas perpetuas, ha pasado más de veinte años en la cárcel, condenado por el secuestro y la muerte en 1977 de Schleyer, un destacado dirigente de la patronal alemana.

En 1997 pudo ser entrevistado extensamente por Petra Groll y Jürgen Gottschlich en el Centro de Internamiento de Penados de Larga Duración de Aachen, Alemania. Esta entrevista fue publicada por primera vez en el diario berlinés *die tageszeitung (taz)*, el 11 de octubre de 1997, y apareció después en forma de libro, en diciembre de 1997, en la extinta editorial berlinesa ID-Verlag.

La entrevista a Stefan Wisniewski nos pareció doblemente interesante, pues no sólo nos permite entender los orígenes y trayectoria de un grupo armado tan significado para la izquierda europea como la RAF, sino que también nos acerca a la parte humana de la actividad clandestina: cuáles son los motivos que llevan a alguien a optar por la lucha armada en uno de los países más ricos de la Tierra y cómo se viven desde dentro las contradicciones y tensiones que una actividad así lleva pareja.

Evidentemente, se trata sólo de una entrevista realizada en un medio no del todo oportuno, la cárcel, y no de un análisis somero de la historia de la RAF. Por eso pensamos que sería interesante complementar la entrevista con el comunicado de disolución de la RAF, que se publicó los días 23 y 24 de abril de 1998 en el diario berlinés *junge Welt*. En este comunicado se hace un repaso cronológico de las diferentes

etapas de lucha que conoció la RAF, las claves políticas de su práctica militante y una reflexión acerca de las dificultades y errores de análisis en cada momento, y que llevaron finalmente a dar por finalizado el proyecto iniciado por la Rote Armee Fraktion a principios de los años setenta, tras considerar que la lucha armada —tal como la había entendido la RAF hasta entonces— había dejado de ser viable y políticamente oportuna en Alemania.

Esperamos contribuir con éste y con otros libros futuros al conocimiento de la historia de los movimientos antisistémicos de la segunda mitad del siglo XX en Occidente y a una reflexión sobre sus prácticas militantes, en unos momentos en que volvemos a estar necesitados de bases a partir de las que debatir sobre cuáles son los medios de lucha de los que se debe dotar la izquierda antiautoritaria para frenar el avance arrollador del capitalismo.

el colectivo vírico

Advertencia preliminar

Veinte años después del Otoño de 1977 hemos asistido a un espectáculo mediático hasta ahora desconocido. En todos los canales de televisión, en programas de radio, en suplementos especiales y en series de todos los grandes diarios se han tratado los acontecimientos que rodearon el secuestro de Schleyer, los muertos en Stammheim y la acción del GSG 9¹ en Mogadiscio.

Cientos de periodistas y comentaristas satisfacían en los últimos meses el interés de la opinión pública, sin dar a conocer nada esencialmente nuevo.

En la siguiente entrevista uno de los que participaron activamente en el secuestro de Schleyer se posiciona ante los sucesos de 1977.

Stefan Wisniewski pertenecía al Comando Sigfried Hausner de la RAF. En mayo de 1978 fue detenido en París y entregado a las autoridades alemanas; en 1981 fue condenado a cadena perpetua en la RFA por el secuestro y la muerte de Hans Martin Schleyer. Nunca ha realizado confesión alguna ante las autoridades. Por primera vez, en otoño de 1997, Stefan Wisniewski pudo ser entrevistado sin censura por los periodistas del diario *taz*, de Berlín, Petra Groll y Jürgen Gottschlich. Hemos decidido volver a publicar esta entrevista en forma de libro, debido a que también los artículos de fondo de los diarios se ven sometidos a la fugacidad del mercado. Pero sobre todo también porque el texto estaba pensado para ser una aportación a un debate, y en la forma presente obtiene así la consistencia necesaria. Stefan Wisniewski accedió a su reproducción, aunque para él la entrevista, debido a las condiciones restrictivas en las que se produjo, sólo tiene validez temporal por ser el producto de un debate público puntual.

La extensa conversación es uno de los documentos más importantes sobre los acontecimientos de 1977. Hasta ahora predominaba una discusión en los medios de comunicación

burgueses que se «caracterizaba» por la ausencia de los posicionamientos de las molestas personas protagonistas. Así, por ejemplo, no se consultó ni a uno solo de los presos o presas que todavía cumplían condena para realizar la premiada y reconocida película *Todesspiel* (Juego Mortal). Muchos antiguos izquierdistas del 68 también arremeten contra la RAF e ignoran, sencillamente, que en la primera mitad de los años setenta no eran pocas las personas activistas que discutían sobre la viabilidad de la lucha armada y la consideraban una estrategia política a considerar.

Muy al contrario de los palos de ciego y los balances concluyentes de los que se autodenominan expertos en terrorismo, Stefan Wisniewski describe de forma enfática, con sobriedad y sentido autocrítico la evolución de su biografía política y nos aproxima a la RAF de entonces. Su aportación pretende ser una reflexión desde la izquierda, que no se inscribe en una revisión de la historia ajustada a los requerimientos de los medios de comunicación ni a los deseos del Estado.

ID-Verlag

**«Fuimos tan
terriblemente consecuentes...»**

El año 1977 fue el año del enfrentamiento entre la RAF y el Estado. Cuando concentrasteis todo vuestro potencial en la liberación de las personas, éstas sólo llevaban un par de años en la cárcel...

Stefan Wisniewski: La primera acción armada de la RAF, casi se podría decir que su nacimiento, fue en abril de 1970 con la liberación de Andreas Baader, que en ese momento tenía aún menos años de cárcel cumplidos o pendientes. Después de la experiencia de los cuatro o cinco años anteriores a 1977, nos dijimos: esto no puede seguir así ni un año más. Ulrike Meinhof estaba muerta, Holger Meins estaba muerto, Katharina Hammerschmidt y Siegfried Hausner también estaban muertos.

Tú has sido condenado a la máxima pena permitida en este país, a cadena perpetua, y ya has cumplido casi 20 años de condena.

Aun así no me he perdido la revolución... Y desde la perspectiva actual se debe naturalmente cuestionar nuestro «tiempo de la impaciencia».

¿Cómo está la situación ahora?

Está claro que la cárcel no ofrece ninguna perspectiva, al margen de ir cumpliendo la condena, algo bastante absurdo.

¿Cómo son los contactos con el exterior, aparte de la familia? ¿Cómo te informas?

A lo largo del tiempo se han ido desarrollando algunos de los contactos a través de las visitas, por encima de las diferencias políticas. Algunos de nosotros entretanto ya han sido excarcelados, pero también llega otra gente muy diferente. Muchas cosas de las que ellos hacen, como es natural, difícilmente las puedo llevar a cabo físicamente: tener niños, verlos crecer y jugar, la lucha existencial entre la vida y la muerte, que se desarrolla diariamente fuera de estos muros... Leo mucho, sobre todo libros. En los primeros diez

años tuve prohibida la TV, pero por eso no me he perdido gran cosa. Salvo unas cuantas particularidades: mi correo sigue siendo intervenido por la Fiscalía federal —de tanto en tanto se da orden de retener alguna cosa—, vivo y maldigo entretanto la cárcel como los otros presos, hasta trabajo desde hace dos meses, tras haber tenido prohibido el trabajo casi todos estos años.

¿Siempre has querido ir a un módulo normal?

Siempre he rechazado esta expresión en sí, porque tampoco considero este módulo para otros presos como algo normal. Pero siempre he considerado la cárcel como un terreno social del que no me he querido aislar.

Sin embargo, la RAF siempre ha exigido la agrupación de los presos políticos y no su integración en prisiones comunes.

La RAF también intentó primero juntarse con otros presos. Sin lugar a dudas, también hubo la idea de un movimiento revolucionario de presos, pero la situación era tal que, desde un primer momento, se ordenaron amplias medidas de aislamiento absoluto para nosotros. Luego vinieron los procesos, y por nuestra parte se intentó organizar estos procesos de una manera política y conjunta. Era y es legítimo exigir una reagrupación para discutir conjuntamente y romper el régimen de aislamiento.

Esto lo pudimos hacer en la primera declaración de huelga de hambre. Pero la línea cambió rápidamente: todo parecía apuntar hacia la condición de prisionero de guerra.

Cuando esto se elevó al rango absoluto de línea política, yo dije, vale, esto lo podemos discutir desde un punto de vista político, pero entonces yo también puedo optar por otra línea. Si no conseguimos siquiera aquí juntarnos con otros presos, cómo lo vamos a conseguir afuera. Aquí son las personas mimas las que están encerradas y experimentan lo que es el sistema. Para ello no hace falta hacer primero una inves-

tigación científica, aunque un análisis sobre la composición de los presos en las nuevas prisiones sería más útil que nunca. Por lo menos la mitad de los presos son extranjeros, muchos de ellos amenazados con la expulsión a países en los que se tortura.

¿Se llegó en este punto a la ruptura entre tú y los otros presos y presas de la RAF?

Por lo menos por mi parte no fue presentado como una ruptura. En cualquier caso, la rueda se puso a rodar durante mi procesamiento, allá por 1981, cuando el primer juicio por el secuestro de Schleyer.

«Quería llevar mi juicio de forma políticamente activa»

Un momento, ¿desde tu detención en el 78 hasta el comienzo del juicio pasaste tres años enteros en régimen de aislamiento?

Antes de que empezase este juicio ya tenía otros dos procesos abiertos. Tras mi detención le había dado un puñetazo en la nariz a un juez federal. Esto fue justo después de mi extradición desde Francia, cuando éste interrumpió de manera provocativa una conversación con un abogado, después de haberseme impedido ya con anterioridad, tras mi detención en París-Orly, hablar con un abogado francés.

La extradición se realizó de forma fulminante, seguramente, porque se contaba con que, debido al manifiesto ambiente antialemán que reinaba en la opinión pública francesa, te concediesen el asilo...

Sí, todo sucedió muy rápido, prácticamente sólo por la vía policial. Hasta el juez tuvo que admitir más tarde que todo eso no había sido legal. Pero para entonces eso ya no era importante. Lo único importante era: ahora me tienen. Por el golpe al juez del Tribunal Supremo me cayeron siete meses,

que se me sumaron a los veinte años de mi cadena perpetua, mientras que mi condena a seis años por un intento de fuga se incluyó en la contabilización posterior de la «especial gravedad de la culpa». El trasfondo político era que entonces no tenían casi nada en contra de mí. Por lo tanto, antes del juicio por lo de Schleyer, se intentó demostrar mi peligrosidad.

En cualquier caso, me pasé tres años aislado como en un búnker antes de que comenzase el verdadero juicio. Los presos planeaban entonces una huelga de hambre. Y como la prensa venía naturalmente a mi proceso, yo, a modo de apertura, debía leer la declaración de la huelga de hambre. Entonces dije: basta. Si ahora nos declaramos en huelga de hambre, entonces todo el juicio, la discusión política, girará alrededor de la huelga de hambre. Pero yo tenía interés por llevar el juicio de forma políticamente activa. Yo quería provocar la discusión sobre 1977.

Los presos comenzaron la huelga de hambre, a pesar de todo.

Habían encontrado otro camino para hacer pública la huelga de hambre. Entonces vino lo que tenía que venir, las preguntas políticas en la sala y en la opinión pública se concentraron progresivamente en cuestiones como: pueden los presos sobrevivir a esto, quién quiere ir con quién, etc. Por suerte se habían adherido también a la huelga de hambre muchos presos sociales, en parte con reivindicaciones propias, a las que yo podía hacer referencia, cuando también me declaré en huelga de hambre durante seis semanas con reivindicaciones que tenían que ver con mis experiencias concretas.

Sigurd Debus murió en esta huelga de hambre a favor de la reagrupación, debido a la tortura sufrida por la alimentación forzada. En la sala de audiencias no me salí entonces casi de los rituales habituales en la confrontación con la Fiscalía General federal.

¿Se ha dicho siempre que abandonaste la RAF en 1981?

Retractarse y someterse nunca fueron conmigo. Yo estaba buscando otras posibilidades, después de que en el 77 convirtiésemos el tema de los presos —nuestro punto más débil— en el eje político de cuestionamiento del poder. Y este error mortal no lo quería volver a cometer como preso bajo ninguna circunstancia.

Sin embargo, desde la RAF se continuó igual al precio de muchos muertos.

Respecto a esto tendríais que preguntar a los creadores y responsable del concepto de frente antiimperialista, de los que yo no formo parte. Mis pasos significaban un «*back to the roots*», una vuelta a las raíces, en relación con todas esas cuestiones, que son las que están en el origen de nuestra rabia y de nuestro activismo...

¿Cómo fuiste a parar a la RAF?

Por lo que a esto se refiere, primero tengo que explicar cómo llegué al movimiento antiautoritario. Yo nací y me crié en los años cincuenta en un pequeño e idílico pueblo de la Selva Negra, hijo de un preso polaco condenado a trabajos forzados. Ninguna historia espectacular; en Polonia sólo hubiese sido uno entre cien mil, pero en este pueblo mi madre me inculcaba: «No se te ocurra explicar nada de la historia de tu padre, si no tendrás problemas». En aquel lugar había algunos antiguos hombres de las SS y de las SA y simpatizantes, que formaban parte de los ciudadanos más respetados. Mi padre sólo sobrevivió ocho años a la «muerte a través del trabajo» tras su liberación del campo de concentración; yo entonces era todavía un bebé y mi hermana estaba en camino. Mi madre me quería educar sin odio. Pero «callar», aunque fuese con buena intención, tampoco era la solución. Sea como fuera, por diferentes causas estuve internado durante un período corto en un centro para chicos «difíciles». La mayoría de los niños de allí procedían de las capas sociales más bajas, muchos de color, hijos de antiguos soldados norteamerica-

nos, también había gitanos y hasta un chico de origen polaco. En el centro debíamos aprender un oficio, con maestros que nos trataban con expresiones como: «Con Hitler hubiésemos cortado por lo sano con vosotros». Siete veces me escapé de allí en un año, y algunas veces fui capturado de nuevo tras aventuradas persecuciones de la policía. Cuando por fin pude dejar esto atrás, con ayuda de mi madre, me fui a Hamburgo y allí me hice a la mar. No era nada romántico; de esta manera he conocido la miseria en el Tercer Mundo, cuando en los puertos africanos, hombres mayores venían a bordo y ofrecían a sus mujeres a cambio de restos de comida. La gente que no sienta vergüenza ante esto, se la debería echar como alimento a los tiburones. Me quedé luego en Hamburgo, realicé diferentes trabajos y fui a la escuela nocturna.

¿Qué edad tenías entonces?

Tenía casi veinte años. En cada una de estas fases también podría haber ido por caminos muy diferentes, pero para mí fue decisivo el movimiento antiautoritario: las nuevas formas de vivir, viviendas en comunidad, la música de los Stone, pelo largo; todo esto tenía una gran atracción sobre mí. A esto se le añadió el socialismo y otras teorías revolucionarias, sobre todo el nuevo sentido de la justicia nacido de la revuelta. Frecuenté un grupo de Socorro Rojo, participé en la okupación de una casa, en la calle Eckhoff, una casa perteneciente a la Neue Heimat².

Éramos activistas, pero también realizábamos trabajos sociales con los sin techo o con niños de centros de acogida. La policía y la prensa de Springer³ se echaron juntos sobre nosotros —algunos tuvieron que ir un año a la cárcel, y fue una casualidad que yo no estuviese entre ellos—. En esos tiempos teníamos la sensación de que realmente aún podíamos cambiar algo, aunque ya se dibujaba el retroceso del 68 y el aparato represor golpeaba cada vez con más fuerza.

Con este trasfondo, la RAF nos parecía especialmente digna de crédito; al fin y al cabo, los camaradas ponían sus

vidas en juego por sus convicciones. Predominaba un acoso increíble, cuando fueron detenidas las primeras personas de la RAF. Ya sólo por eso pensamos: ahí tiene que haber algo si se les acosa tanto. Fueron muchas motivaciones diferentes las que en mi caso me llevaron a interesarme por la RAF. Pero mi primer paso fue irme a Berlín.

Yo también estaba en 1974 en Berlín y recibí en la mani por la muerte de Holger Meins, por primera vez, una verdadera paliza. Situaciones así las ha vivido mucha gente, pero fueron muy pocos los que se fueron a la RAF.

Allí nos podríamos haber encontrado. Nunca he olvidado aquella época en la que estuve en el centro juvenil, en la calle Postdamer. Estaba en marcha la huelga de hambre.

Habíamos movilizado, desde Amnistía Internacional hasta el párroco Albertz, todo lo que se podía movilizar. Yo estaba allí, en ese centro juvenil, encima de la mesa —no había tarimas— y estaba dando un discurso.

En ese momento entra alguien y dice: Holger ha muerto. A mí —y no sólo a mí— se me saltaron las lágrimas. Algunos, que por lo demás se consideraban más bien críticos con la RAF, empezaron enseguida a hacer cócteles molotov y nos fuimos directos hacia la *Ku'damm*⁴.

Cuando éstos empiezan a matar a los presos o les dejan que se pudran, entonces se tiene que hacer otra cosa, pensábamos nosotros. Todo lo que yo había hecho relacionado con los presos políticos se había vuelto, simplemente, ineficaz. Así no se podía seguir. Mi última actividad política en la legalidad fue participar en la organización del entierro de Holger Meins. Esto significó para mí el traspaso de un umbral.

¿Entonces decidiste irte a la RAF?

En esos momentos también sabía como podía localizar a la gente del Movimiento 2 de Junio⁵. Pero alguien se olvidó de vaciar un buzón clandestino o me había dado uno equivocado y el contacto no llegó a realizarse nunca.

Esa gente tal vez hubiera sido mucho más adecuada para ti.
Esto ya lo ha dicho más gente; el caso es que la historia siguió otro curso.

¿Acaso eso no era importante?

En el Movimiento 2 de Junio no había sólo hijos de trabajadores ni en la RAF sólo hijos de burgueses; yo no intentaría establecer vínculos en ese terreno. Cuando vivía en Berlín, todavía en la legalidad, visité en la cárcel tanto a mujeres del Movimiento 2 de Junio como a las de la RAF. Seguramente tenían sus discrepancias entre ellas, pero eso no tenía gran importancia para mí. Me daba igual visitar a Ina Siepmann, del 2 de Junio, o a Ingrid Schubert, de la RAF; lo decisivo era que era alguien del movimiento a la que habían enganchado; y nosotros no la podíamos ni la queríamos dejar colgada.

¿Pero tú eras consciente de los diferentes planteamientos que tenían?

Claro que los conocía. Pero hasta ese momento —por lo menos, para mí— no se habían puesto suficientemente a prueba en la práctica; el secuestro de Lorenz⁶ y la ocupación de la embajada en Estocolmo no habían tenido lugar todavía.

Hoy, seguramente sería interesante examinar más detenidamente los resultados de los diferentes conceptos de guerrilla urbana.

Sobre el distanciamiento de la RAF de los movimientos sociales y las lamentables consecuencias ya hablaremos, seguro, cuando llegemos al 77. El Movimiento 2 de Junio, que sacaba su potencia y su fuerza expresiva de la interacción con su medio social, seguro que tenía en este aspecto las de ganar. Pero, ciertamente, conforme su marco social de referencia y su base se fue perdiendo progresivamente o empezó a centrar su atención en nuevos temas, una parte de ellos tampoco se libró de errores parecidos a los nuestros. Lo mismo se puede decir de las Células Revolucionarias y de la Rote Zora⁷, que estudiaron a fondo nuestros puntos débiles

y consiguieron mantenerse con su estructura organizativa ilegal «en el pulso del movimiento». Su ala internacional, sin embargo, tampoco pudo evitar el desastre.

A principios de los años setenta las acciones de la RAF todavía tomaban como referencia la guerra del Vietnam.

Había consenso dentro de la organización, referente a aquello que había quedado del 68: que una revolución, en la medida en que se pueda realizar aquí, debe tener un carácter antiimperialista. Que sólo tiene posibilidades de darse aquí, si tiene en cuenta a los movimientos del Tercer Mundo. Sin Vietnam, sin la evolución en el Tercer Mundo, la RAF no hubiese llegado a ser lo que ha sido. Nuestros portadores de esperanza eran los tupamaros y los Panteras Negras.

¿Pero muy pronto os centrasteis en la cuestión de cómo conseguir sacar a la gente de la cárcel?

También pensamos qué otras posibilidades había en otros campos. Pero la conclusión a la que llegamos fue que nosotros, como grupo relativamente pequeño, sólo lograríamos ser más fuertes en otros campos, si conseguíamos algo en este punto. Nuestra valoración objetiva era que Estado y Capital dominaban la situación hasta tal punto, que del movimiento que surgió del 67-68 podía no quedar nada. A través de la cuestión de los presos queríamos comunicar algo acerca de este Estado. Su esencia. Su historia.

¿A quién se lo queríais comunicar?

Nosotros, a diferencia de los grupos marxista-leninistas, no nos dirigíamos al proletariado industrial. Estas ideas ya las habíamos abandonado por aquel entonces sobre la base del análisis acerca de la aristocracia trabajadora en las metrópolis. Para nosotros el sujeto revolucionario no se podía definir a partir de criterios económicos. Nos dijimos: todo aquel que lucha puede ser revolucionario. Debido a que lo definimos de forma más difusa, tampoco tuvimos el correctivo necesari-

rio de una base social. Ése era más bien el caso entonces de las Brigadas Rojas en Italia, que tenían una implantación muy distinta que nosotros en las fábricas.

Italia era diferente.

Claro que sí. También Irlanda era diferente. A pesar de ello nos veíamos en un mismo contexto. Si hubiésemos vivido en Italia, naturalmente hubiésemos preferido poner en práctica el planteamiento de las Brigadas, esto ya lo dijimos en los primeros textos. En Italia hubo una gran *Resistenza*; con ella estaba relacionada hasta la historia de los demócratacristianos italianos. Aquí, en cambio, el fascismo había destrozado todo lo que había quedado de los movimientos obreros. Esto era una continuidad muy diferente, que se tenía que romper primero.

Nuestro enfoque internacional también se basaba en que por medio del «cerco de los pueblos a las ciudades» se podía resquebrajar el «modelo Alemania», y que en las fisuras que se fueran abriendo nos podríamos implantar y asir de manera duradera.

¿Pero a partir de qué queríais ganar legitimación, a partir de la situación aquí o a partir del movimiento mundial?

En el mejor de los casos, a partir de las dos cosas; pero la pregunta hasta hoy no se ha resuelto estratégicamente: es un hecho que vivimos en una metrópolis de riqueza y privilegios increíbles; en otros países, en cambio, reina la pobreza y las condiciones sociales para un planteamiento revolucionario son muy diferentes. Hoy en día, hay que añadir «las islas de Tercer Mundo» en las metrópolis y en las regiones pobres del Este. Para éstas la cuestión social se ha convertido en una cuestión de supervivencia, que hoy, más que nunca, debe hacer saltar el marco del Estado-nación y, a la vez, hacer desvanecerse cualquier internacionalismo abstracto. Cuando uno se sitúa en este contexto internacional, corre el gran peligro de perder el contacto social, la superficie de fricción

crítica, e incluso de sustraerse a toda crítica remitiéndose a las condiciones internacionales.

Ésa es la impresión que me dieron las discusiones de los grupos de Socorro Rojo que conocí, a mediados de los setenta, en mi entorno de Kreuzberg.

Eso se lo deberíamos preguntar a los camaradas de Berlín. Yo conozco el Socorro Rojo de Hamburgo de ese tiempo. Allí se habían dado otros puntos de partida. Aunque todo esto no haya traído consigo todo lo que comportaba de utopía social, hoy veo que muchas veces los únicos grupos que todavía se ocupan de los presos están vinculados a organizaciones de derechas, que intentan establecer aquí un potencial racista. Con éstos me las he tenido que ver más de una vez y en más de una cárcel. Éste es un terreno que el movimiento abandonó entonces. Por cierto, también el diario *taz*, que en su momento tuvo una página fija dedicada a la cárcel.

No ponemos en duda que era un trabajo razonable y que aún hoy lo sería. Pero entonces siempre teníamos la impresión de que aquellos que se autodenominaban la vanguardia no hablaban para nada de los temas que a nosotros nos interesaban.

Hablar sí que se hablaba, tanto como lo que permitía un intercambio con nuestros camaradas en la legalidad; pero, como es sabido, sin que estos temas se incorporasen a nuestra práctica. En este punto yo iría aún más lejos en la reflexión autocrítica: una parte de los presos y nosotros moralizábamos tremendamente la cuestión de los presos en los comités en contra de la tortura; y de esta forma, seguramente, asustamos a mucha gente de izquierdas que discrepaba de forma crítica, pero solidaria, con nosotros.

Peter Brückner⁸ y otros se llevaron un buen varapalo; por lo que a esto se refiere, seguro que hay muchas cosas desagradables sobre las que volver a reflexionar. Sin embargo, no se

acabaron ahí vuestros problemas, porque de manera paralela a la retirada de muchos activistas del 68 se produjo un retroceso masivo de la solidaridad.

Esto tuvo luego su efecto bumerán: quien optó por ignorar las condiciones de los presos en las celdas de aislamiento y no asumió ninguna responsabilidad —por ejemplo, a través de una posición independiente y propia—, como mínimo no se debería luego sorprender de que tuviese que volver a afrontar la cuestión de los presos en otoño del 77 en forma de una escalada militar.

«Queríamos transmitir planteamientos revolucionarios»

Nuestra situación entonces era, como ya he dicho, diferente. Estábamos influenciados por el hundimiento de la revuelta del 68; queríamos continuar transmitiendo sus puntos de vista socialrevolucionarios y antiimperialistas, y no parecía ni mucho menos cercano un horizonte de nuevos movimientos sociales. Subestimamos, sencillamente, durante mucho tiempo la importancia del movimiento antinuclear o lo percibimos únicamente desde la perspectiva de su militancia contra el Estado. Aún más grave fue, quizás, la falta de debate con el movimiento de mujeres. Por lo que a esto se refiere, no quiero buscar excusas.

Pero aun cuando en esta fase nos hubiésemos disuelto directamente en los nuevos movimientos sociales, lo cual no necesariamente hubiese tenido sentido, la cuestión de los presos hubiese continuado. Ellos también estaban cumpliendo condena por la historia de un movimiento común y se hubiesen quedado igualmente por tiempo indefinido enterrados en los módulos de seguridad. Queríamos tener a los presos fuera e hicimos de este asunto una cuestión de poder.

¿No era ya ése el caso, cuando la RAF quiso liberar a los presos por medio de la toma de la embajada alemana en Estocolmo?

Justamente debido al fracaso de Estocolmo se desarrolló la idea de que debíamos hacer una acción más precisa.

¿Fue, por lo tanto, la idea del secuestro de Schleyer el resultado directo de el reconocimiento de que Estocolmo fue un error?

Fue el camino equivocado. Esto lo demostró el resultado: cuatro muertos, dos de cada bando; no se consiguió sacar a nadie, al contrario, la situación se agravó aún más.

¿Y vuestro análisis fue que la ocupación de la embajada no era suficiente para forzar la liberación de los presos?

Que no era suficiente una embajada, y que teníamos que acertar políticamente en un punto que les perjudicase a ellos, si no cedían.

¿Existía ya en esta reflexión la referencia de la persona concreta de Schleyer?

No, no, tan rápido no fue eso. No os lo imaginéis así, que a una acción ya le espera la siguiente. Antes de pasar a la clandestinidad, tenía una imagen muy diferente de lo que es la RAF y lo que se puede hacer. Cuando yo aún era legal, conocía a muchos que hablaban constantemente de cómo iban a apoyar a la RAF. Cuando entonces yo mismo me pasé a la clandestinidad, tuve que comprobar que las cosas no eran ni mucho menos así. Después de Estocolmo me encontré de golpe casi ante la nada. Aún quedaban unos cuantos marcos y dos pistolas, pero que ni siquiera acababan de funcionar bien.

¿Cómo se os ocurrió entonces Schleyer?

Schleyer, dada la manera como se presentaba en público, en las entrevistas y en todas sus apariciones, era sencillamente un imán. Era una posibilidad tentadora. Pero también hubo otras ideas; por ejemplo, pensamos en Filbiger, el presidente de Baden-Württemberg. El pasado de Filbinger como juez

nazi en la Marina entonces no se conocía públicamente todavía. Pero se sabía que después de la época nacionalsocialista se había convertido, sin pausa alguna, en un adalid de la nación. En su caso llegamos rápidamente a la conclusión de que para realizar el secuestro tendríamos que asaltar el parlamento regional. Esto naturalmente se desestimó. Schleyer fue entonces el que quedó.

¿Y es entonces cuando empezasteis a preparar el secuestro?

No, en ese momento todavía no se concretó ninguna acción. Esto eran sólo unas primeras conjeturas.

¿Cuándo sucedió pues?

Esto fue justo después de Estocolmo, entonces el grupo todavía no se había constituido. Más tarde se nos unirían primero otros dos grupos, que no se consideraban hasta entonces como RAF. No había todavía planes concretos, pero había una dirección, y lo que nosotros queríamos, de manera consciente, a diferencia de Estocolmo, era dejar claro en esa persona lo que pretendíamos, de dónde procedíamos y por qué luchábamos realmente.

¿Pensabais que, en el caso de Schleyer, Schmidt no podría mantenerse inflexible y que tendrían que acceder al intercambio?

No, nuestras reflexiones no habían llegado todavía tan lejos. Lo primero que vimos en Schleyer fue que en él se concentraba todo contra lo que toda la izquierda se había rebelado. Aún me acuerdo muy bien de toda la historia sobre Schleyer en la revista *Stern*, en 1974. Allí no se abordó sólo su historial nacionalsocialista, sino sobre todo esa atrocidad de cómo él interpretaba su ulterior carrera —su ascenso a hombre del BDI y BDA⁹, a jefe político del Capital— como una transición sin ruptura alguna. De ello había alardeado públicamente, así que no tiene ningún mérito haber pensado en él.

Pero vosotros no dijisteis entonces: secuestramos a Schleyer para evidenciar la continuidad del fascismo en la República Federal. En Italia se produjeron acciones mucho más claras: las Brigadas Rojas intentaban intervenir en luchas laborales del momento, secuestraban directivos y los volvían a soltar con los pantalones bajados a la hora del cambio de turno ante la entrada de la fábrica. Eso hablaba por sí solo.

Nosotros también hemos dicho siempre que las mejores acciones son las que hablan por sí solas. En cualquier caso, en el secuestro de Schleyer no hubo que dar explicaciones muy extensas porque justamente se trataba de él y no de otro representante de la clase dominante. Algo parecido a lo de Italia, también se produjo en Argentina, cuando los montoneros secuestraron a un representante de la Daimler-Benz. Exigían la readmisión de los despedidos y sueldos más altos. Creo que en las negociaciones de entonces también estaba Schleyer. Pero acciones así no son fáciles de trasladar. Fijaos, por ejemplo, en el desnivel entre el sueldo de un trabajador de la Daimler en Stuttgart y de uno en Buenos Aires. Pero en ese momento todavía no había nada decidido. La limitación al intercambio de presos se había producido por la agudización hacia la que nos movimos en la cuestión de los presos a lo largo del año 77.

Explícanos vuestros propósitos para 1977; antes del secuestro de Schleyer hubo el atentado contra Buback¹⁰ y el asesinato de Ponto¹¹.

Buback era el principal «cazador de terroristas» y el responsable de la actitud respecto a los presos. Para nosotros él también fue responsable de la muerte de Siegfried Hausner, al que hizo transportar desde Estocolmo, a pesar de que tenía heridas que hacían temer por su vida. Y veíamos en él al responsable del corredor de la muerte y de las condiciones carcelarias de Ulrike Meinhof. Le queríamos parar los pies.

¿A esto se añadió, por lo menos así lo ha explicado Peter Jürgen Boock, que los de Stammheim os presionaban?

No tengo ganas de comentar cada nueva versión que se le pueda ir ocurriendo a Boock. A él se le puede aplicar lo que dice Regis Debray, en su libro *Crítica de las armas*, sobre el movimiento guerrillero en Latinoamérica: «Los militaristas más grandes se convierten en los mayores renegados». Mientras Boock se pasea como un oso amaestrado por los magazines televisivos, otros como Brigitte Mohnhaupt, encerrada en el búnker de una cárcel bávara, no tiene ninguna posibilidad de opinar sobre ello.

Tú ahora tienes la oportunidad de hacerlo. ¿Os presionaban o no?

Para poder hacer una valoración de esto sería necesario que todos los presos pudieran dar su opinión al respecto. Justamente Boock se refiere siempre a una supuesta o verdadera correspondencia con los de Stammheim que, aparte de él, sólo conocería Brigitte Mohnhaupt. ¿Que qué puedo decir sobre eso? Sin lugar a dudas, los presos ante todo querían salir, y este sentimiento de querer atravesar la pared con la cabeza, al fin y al cabo, lo conoce cualquier preso. La cuestión es qué esfuerzo se podía reclamar desde un punto de vista político y moral.

Primero de todo, fueron las circunstancias las que presionaban. A esto se ha de añadir que en ese tiempo existía la teoría del nuevo fascismo, el que procedía de las instituciones y no requería la base de una masa. Las dos cosas, tal cual, no eran ciertas. Esta teoría errónea no sólo fue repetida incesantemente por la RAF, sino que también nos condujo a que nos limitásemos a un intercambio de golpes con el Estado. Sin embargo, subvaloramos por aquel entonces la capacidad de producción de mentalidades racistas, que funciona de arriba abajo y que no es nada nuevo. 1977 también fue el año en el que muchas asociaciones tradicionalistas de las SS se pudieron reunir sin ser molestadas, exceptuando algunas protestas de la VVN¹². ¿Por qué no las atacamos? En vez de eso, se establecieron en algunos casos asociaciones frívolas entre los centros de aislamiento y de

exterminio con Auschwitz, que no sólo llevaron a evaluaciones grotescas y a «actuaciones forzadas», sino que también resultaron mezquinas respecto a las víctimas de los campos de exterminio. Sin embargo, las condiciones en los módulos de aislamiento eran tremendamente duras. Para actuar contra esto no habría sido necesaria ninguna «presión» adicional. Tampoco éramos un grupo que sólo esperaba a ver lo que dicen los encarcelados de Stammheim. Con interpretaciones como ésa, algunos intentan eludir su propia responsabilidad.

Esto no significa que no hubiese muchas cosas de los de Stammheim que se deberían haber criticado. Me he preguntado muchas veces qué hubiese pasado, si realmente los hubiésemos conseguido sacar. ¿Me hubiese entendido realmente con ellos? Por aquel entonces yo lo daba por supuesto. Hoy en día lo veo de manera más escéptica. Pero si hubiesen estado fuera, por lo menos los podríamos haber criticado. El dolor de que esto no fuese posible permanece hasta el día de hoy. En esa época pensábamos: cuando hayamos liberado a los presos, entonces podremos retomar los objetivos originarios de la RAF, objetivos que ya tomaron forma durante la revuelta del 68.

Antes has empezado a describir la dinámica de ese tiempo, los años 76-77. Te quedaste en lo del fiscal federal Siegfried Buback. El atentado contra él debía servir para proteger a los otros presos. ¿Conseguisteis lo que queríais?

No, sino nos podríamos haber ahorrado la ulterior escalada. Tras la muerte de Holger Meins y el atentado contra el juez principal de Berlín, Günther Drenckmann, la revista *Spiegel* publicó una entrevista con los de Stammheim, en la que éstos decían claramente: si hay entierros, si hay dolor, pena y luto, entonces en los dos bandos.

¿No os podríais haber mantenido al margen de este enfrentamiento?

Esto hubiese significado, en aquel momento, que dábamos por perdida la cuestión de los presos, que teníamos que

admitir que una acción de liberación resultaba sencillamente imposible y que había entonces otras iniciativas más urgentes. Hoy más bien diría que entonces deberíamos haber pedido más paciencia. Aunque aún hoy día resulta difícil tener que contemplar cómo el Estado permanece impasible ante los casos de presos enfermos como Helmut Pohl o Adelheid Schulz.

Entonces montasteis, en relativamente poco tiempo, una estructura para poder secuestrar a Schleyer. ¿Cómo fue eso?

Inicialmente había, como ya he dicho, diferentes grupos que primero no estaban dentro del ámbito de la RAF.

¿Esto significa que, en 1977, hubo casi una refundación o una nueva fundación?

No, ese término de «segunda generación de la RAF» no es correcto en sí mismo. En parte era gente que había quedado de relaciones anteriores; pero también había gente nueva que, partiendo de sus experiencias, decían que ahora con la RAF se mantenía abierta una oportunidad para el futuro.

¿Habíais puesto vuestras esperanzas de éxito en el secuestro de Lorenz en 1975?, ¿o habíais pensado que un hombre tan importante como Hanns Martin Schleyer sería intercambiado con toda seguridad?

Deberíamos haber tomado ejemplo de la capacidad de análisis del Movimiento 2 de Junio. Pero el secuestro de Lorenz posiblemente cambió también la correlación de fuerzas. Inicialmente partíamos de la idea de que Schleyer, por sí mismo, no era suficiente para el intercambio de los presos. Por eso, además de a Schleyer, era necesario secuestrar también a Jürgen Ponto, el director del Dresdner Bank. Así habríamos logrado reunir al capital financiero, manchado por su pasado nazi — que era lo que representaba el Dresdner Bank—, y a Schleyer con su papel en los gremios de capitalistas, o sea, al político. Un peso que no habrían podido esquivar. Debido a que una

camarada de entonces era conocida de la familia Ponto, el secuestro del banquero nos pareció la acción militar más fácil. Esto, como es sabido, no funcionó. Ponto fue tiroteado porque uno de nosotros se equivocó a la hora de valorar la situación. Aprovechar una relación privada para algo así fue otro error. Esto disminuyó desde un principio nuestras probabilidades de éxito. La segunda dificultad fue que Schleyer inicialmente no disponía de la custodia del SEK¹³. Se le asignó el grado máximo de seguridad a raíz de la acción contra Ponto. Teniendo en cuenta estas dificultades, hasta nosotros mismos veíamos la acción con escepticismo. Además, hubo cuatro muertos de golpe, el conductor y los guardaespaldas de Schleyer. De esa manera se aceleró la agudización del conflicto y disminuyeron las posibilidades de un intercambio.

«Teníamos miedo de que volviese a haber más muertos en la cárcel»

Pero vosotros seguro que vigilabais constantemente a Schleyer y deberíais haber estado al corriente de la existencia de sus acompañantes.

Claro que sí, eso lo sabíamos. Pero ese día había tres, en vez de los dos agentes del SEK que habitualmente acompañaban a Schleyer. Esto no era previsible. Previsible era que no se les podía decir: «bueno, ahora hacéis el favor de manteneros al margen», sino que la acción sólo era posible si se eliminaba a los agentes del SEK. En el caso del conductor, dijimos que dentro de lo posible se debería evitar. Era nuestra decisión política conjunta. Pero el desarrollo obedeció evidentemente a la lógica militar. Cualquiera víctima en cualquiera de los dos bandos es lamentable, pero los policías fueron abatidos en una acción de guerra, en la que ellos también dispararon once tiros de sus metralletas y tres de sus pistolas. El conductor había recibido formación de seguridad para casos de secuestro, pero iba desarmado. Por eso no soy el único en lamentar todavía más su muerte.

¿Pero a pesar de todo el escepticismo no pensasteis en abandonar el plan?

Esa discusión sí que la hubo. Pero la otra cara eran las condiciones en la cárcel. Teníamos miedo de que, si esto seguía así, volviese a haber más muertos, y que a nosotros nos tocara otra vez quedarnos sin poder hacer nada y llorándolos. Entonces pensamos: ahora que lo sientan en su propia piel lo que significa estar en una situación como nuestros presos.

¿Esto lo entendió Schleyer?

Tras su detención, él advertía en los vídeos sobre la posibilidad de que se quisiese solucionar militarmente la cuestión de los presos. Pero ya entonces notaba él que sus amigos políticos lo iban a abandonar a su suerte.

¿Eso también lo notasteis vosotros?

Naturalmente.

¿O sea, que ya tuvisteis relativamente pronto la impresión de que el gobierno federal no iba a aceptar vuestras exigencias?

Sabíamos que en un plazo de pocos días se sabría lo decidido por el Gabinete de Crisis, si iban a dar a conocer o no los comunicados o los vídeos que se hicieron. Si hubiesen sido emitidos por televisión, hubiese sido muy difícil para el gobierno rechazar un intercambio. Así pues, pronto hubo indicios de que el asunto no iba a ir tan rápido.

Pero la acción no estaba pensada para un plazo largo. Queríamos vidas a cambio de vidas, un intercambio rápido de presos. Si eso no funcionaba, Schleyer debía ser eliminado.

¿Se lo planteasteis así de claro a Schleyer?

Sí, esto quedó claro desde un principio. Cuando se puso de manifiesto que el Gabinete de Crisis no hacía más que buscar nuevas maneras para esquivar esta decisión, supimos que no le iban a querer intercambiar. Ellos esperaban encontrarnos y

liquidarnos. En el fondo ya quedó claro, cuando encontraron la primera vivienda, que asaltaron sin mirar siquiera si había alguien dentro. Con esto ya se evidenciaba su actitud. Y tuvimos que plantearnos cómo seguir. ¿Cambiamos el ultimátum o no? ¿Existe la posibilidad de que la presión aumente si prolongamos el ultimátum? Teníamos que ver qué posibilidades teníamos de encontrar un nuevo sitio donde escondernos y todo eso. Ésta fue nuestra siguiente decisión más importante.

¿Aún teníais esperanzas?

Nos dijimos que si existiesen posibles contradicciones en este bloque unitario del Gabinete de Crisis, había que darles tiempo para que hicieran su efecto. Por ejemplo, había que dejar un margen para que ejercieran su influencia las fuerzas de la industria. El propio Schleyer también puso en marcha iniciativas, escribió a sus amigos políticos.

¿Fueron ésas ideas tuyas?

Claro que sí, esto se puede ver en el hecho de que escribió muchas cosas que nosotros nunca hubiésemos formulado así; él, por ejemplo, hablaba de «terroristas». Conocía a sus amigos y a su clase política mejor que nosotros y sabía dónde tenía que incidir. Ni él mismo creía que pudiese movilizar todo lo necesario para un intercambio, pero él contaba con que sus amigos no le dejarían colgado. Ésta fue una de las experiencias más estremecedoras para él: experimentar que, a pesar de todo el poder que antes tenía, de repente, su clase política, sus amigos políticos le dejaban caer.

¿Fue así como lo percibisteis?

No desde un primer momento; pero esa tragedia personal se dibujaba y también la percibíamos cada uno de nosotros.

¿Es posible tener un sentimiento así en una situación tan dura, que requiere una gran firmeza y endurecimiento por vuestra parte?

Una situación así no deja frío a nadie. A pesar de toda la tensión, nadie se comporta en una situación así sólo de manera racional, sólo de acuerdo con sus convicciones políticas.

¿Se desarrollaron verdaderas conversaciones entre vosotros y Schleyer?

Yo diría que únicamente circunstanciales. No teníamos aptitudes para ejercer de policías expertos en interrogatorios y nadie se las dio de eso.

**«No queríamos ni denigrar
ni exhibir a Schleyer»**

Pero grabasteis a propósito en cintas esas conversaciones.

Por supuesto que teníamos preguntas concretas sobre política que hacer. Pero esos diálogos, esas discusiones no eran interrogatorios.

Boock dice que le hicisteis interrogatorios cruzados y que hasta habíais planeado llevarle ante un tribunal popular.

Los dos términos no expresan, ni siquiera aproximadamente, lo que realmente sucedió entonces.

¿Por qué no tratasteis, por aquel entonces, el pasado de Schleyer públicamente?

Eso seguro que fue un error político, pero no le queríamos denigrar ni exhibir en esa situación, porque él sabía que la acción podía tener un final mortal para él. Schleyer no era lo que se dice popular o querido, y por eso también temíamos que ya no serviría para un intercambio si le hundíamos más.

Por eso enseguida descartamos la idea de fotografiarle con su número de las SS y el rótulo «preso de su propia historia». Pero, con posterioridad, esta decisión llevaría a un giro inesperado de la situación: debido a lo que escribió y dijo, ya sólo se veía en Schleyer al padre de familia y a la víctima.

¿Habíais pensado cómo ibais a responder al argumento del gobierno federal de que un intercambio sólo conduciría a que la gente en la clandestinidad cometiese nuevos actos delictivos? ¿Habíais pensado, en algún momento, en manifestar públicamente el cese de la lucha armada?

Andreas Baader hizo un intento en este sentido ante un representante del gobierno federal. Ya sabéis como acabó eso.

¿Nunca pensasteis seriamente en adheriros a la propuesta de Baader?

No sabíamos nada de esa propuesta. No estaba decidido que fuésemos a seguir con la lucha armada de esta manera, pero esto no lo queríamos presentar así.

¿Por qué no?

Miradlo de esta forma: nosotros teníamos a Schleyer, y la otra parte no sólo se pone en pie de guerra, sino que rompe todo contacto y viola sus propias leyes. Y encima va provocando por todas partes. Dice que no habrá persecuciones y, en realidad, emprende la mayor persecución de todos los tiempos, llama a la cacería de todos aquellos que puedan haberse manifestado críticos con el Estado y ordena la censura de las noticias. En esta situación de crispación exigir que dijésemos: «no lo interpretéis mal, sólo queríamos ayudar pacíficamente a los niños de algún campo de refugiados palestino»; esto no se lo habría tragado nadie. La cuestión es, si en esa situación podrían haber existido iniciativas que, sin entrar en la condición del intercambio, podrían haber sentado una base a partir de la cual se podría haber dicho: basta ya, ya han habido bastantes muertos, ahora vamos a intentar otra cosa. Tampoco sé cómo hubiésemos reaccionado, si hubiésemos sabido lo que ofrecía Baader. Como mínimo hubiese sido una oportunidad para opinar sobre ello. Para nosotros la cuestión era que los presos habían desaparecido durante seis semanas. No teníamos ni idea de lo que habían hecho con ellos. En nuestra fantasía nos podíamos

imaginar cualquier cosa; las voces que exigían la reintroducción de la pena de muerte también influyeron lo suyo.

En vez de eso, aumentasteis la presión. Primero Schleyer escribe a sus amigos políticos y luego se produce el secuestro del avión. ¿Fue eso una oferta de los palestinos o fuisteis vosotros los que os dirigisteis a los palestinos?

Nos llegó como un ofrecimiento. No sé exactamente cómo, porque yo no formaba parte de los que estuvieron en Bagdad, pero los otros naturalmente nos consultaron. Nuestros camaradas nos preguntaron, a los que nos quedamos en Europa occidental, si estábamos de acuerdo con ello.

¿No os resultó problemático el secuestro de un avión lleno de turistas? ¿No contradecían los secuestros de aviones las ideas de la RAF?

Hasta entonces sólo nos podíamos imaginar el secuestro de aviones desde la perspectiva de los palestinos, pero no para lograr el cumplimiento de nuestras exigencias en Alemania. Había un escrito de los presos de Stammheim, en el que criticaban fuertemente el secuestro de aviones tras Entebbe 1976¹⁴. Lo que se criticó fue la participación de dos miembros de las Células Revolucionarias (RZ) en una acción contra Israel, puesto que también era el país en el que se habían refugiado las víctimas del holocausto. Pero en ese escrito también se hacía referencia a que se debía hacer una valoración diferente, si el avión secuestrado es alemán. Tras un largo debate, éste fue el punto decisivo a la hora de dar nuestro consentimiento, porque los presos no se habían posicionado al respecto y por eso teníamos la sensación de que no estábamos actuando contra sus intereses. Bajo ningún concepto hubiésemos actuado contra la voluntad de los presos.

¿Entonces sí que fue iniciativa vuestra? ¿Fue vuestra gente, Boock y otros, la que le dijo a los palestinos: nos tenéis que ayudar, solos no llegamos a ningún lado?

No, no, eso desde luego no fue así. Para entenderlo tengo que explicar más detenidamente cómo era realmente nuestra colaboración con los palestinos. Los palestinos tenían sus propios intereses en una acción de este tipo; en el hecho mismo de que soltasen a los presos, pues se trataba también de dos presos palestinos que estaban en una cárcel turca, pero ellos partían de un trasfondo muy diferente. Ellos se decían: un país como la República Federal de Alemania, el país más importante de la Unión Europea, está envuelto en una confrontación de la que está pendiente todo el mundo; allí podemos dar a conocer nuestra causa. En el campo de refugiados de Tel al-Zatar, en Beirut, los sirios habían ayudado a los falangistas, cuando éstos masacraron a 6.000 palestinos. La fracción dentro de la resistencia palestina que secuestró el Landshut¹⁵ quería impedir, en esa situación, que los sirios u otros gobiernos árabes se uniesen a los israelíes en perjuicio de los palestinos. En este conflicto, también en lo referente a Israel, nos vimos sobrepasados por la historia de Alemania.

¿No erais conscientes de lo que podía significar que durante el secuestro del avión fuesen asesinados 80 turistas ajenos a todo lo que pasaba?

No pretende ser una disculpa, pero pensábamos en los exitosos secuestros de Leila Khaled¹⁶, cuyo libro circulaba hacía tiempo entre la izquierda cual libro de culto. Para nosotros representaba un problema poner a los turistas de Mallorca y a Schleyer en un mismo nivel. Sin embargo, en esta situación especial, en esa dinámica que se había desarrollado tras el secuestro de Schleyer, este ofrecimiento podía significar la solución. Partíamos de la idea de que el gobierno federal, a raíz del secuestro del avión, tendría la oportunidad de decir: vale, hemos permanecido firmes con Schleyer, pero ya no aguantamos más, ahora tenemos que acceder al intercambio.

En esta postura había una contradicción grotesca. Por un lado pensábamos que la República Federal estaba evolucionando

nando hacia el fascismo, y por eso creíamos que la clase política era capaz de cualquier cosa. Pero justamente en este punto no tomamos en serio nuestro análisis y nos dijimos: bueno, ahora no tendrán más remedio que intercambiar, esto no se lo pueden permitir. ¿Pero por qué no?

No obstante, el hecho de haber confiado en esto no nos libra de nuestra responsabilidad. Pero para nosotros hubiese sido la solución: no se tiene que matar a Schleyer y los presos salen.

«Después del secuestro del Landshut confiábamos en el intercambio»

¿Pensabais de verdad que las 80 personas no estaban en peligro?

Pensamos que era casi, casi seguro que serían intercambiadas. Pero también aquí partíamos de suposiciones equivocadas. La acción se desarrolló de manera diferente a la planeada. El secuestro debía terminar en Yemen del Sur. Allí los GSG 9 nunca se hubiesen acercado al aparato sin enfrentarse, al mismo tiempo, con todo el país y con el Bloque del Este. El gobierno federal habría tenido que negociar.

¿Por qué salieron mal las cosas en Adén?

Por lo que yo podía saber de las condiciones en Adén, me parecía evidente que la RDA o la Unión Soviética se habían asegurado de que el aparato no se pudiese quedar allí. Esta decisión no se tomó solamente en Adén. Allí tenían una relación muy diferente con los palestinos, nunca los hubiesen enviado a Somalia.

¿Os habían dado los palestinos tantas garantías al respecto que ni siquiera contabais con la posibilidad de 80 turistas muertos? ¿No os habías planteado: qué hacemos como grupo político, si por una acción nuestra asesinan a 80 turistas?

Partíamos de la experiencia de que, en el caso del secuestro de aviones, los palestinos siempre habían actuado de forma

responsable. Si hubiésemos pensado esta acción hasta sus últimas consecuencias, no le podríamos haber dado el visto bueno. Pero nosotros en realidad sólo nos planteamos el caso positivo: la solución política.

¿Era esta la opinión unánime?

Sí, esta era nuestra valoración conjunta. Al hacerla, pensábamos también en el secuestro exitoso de un avión japonés que llevó a cabo, por las mismas fechas, el Ejército Rojo japonés. Y, por otro lado, aquí tampoco se movía nada. Con ello no me refiero sólo al gran Gabinete de Crisis, al gobierno federal, sino a cualquier otra iniciativa; no hubo otras instancias morales o cualquier otro grupo de la izquierda que tomara la palabra. Veíamos a Alemania ya sólo desde la perspectiva de los «parias del mundo».

¿Os hubieseis dejado influenciar por una opinión pública crítica que os hubiese exigido en ese momento: liberad a Schleyer, salvad a los rehenes del Landsbut?

En esa época predominaban esos distanciamientos obligados. Si hubiese venido de una posición independiente de izquierdas, sí. Pero no se nos puso ante esa disyuntiva.

¿Pensabais en ese momento que obtendríais apoyo respecto a la exigencia de liberar a los presos?

En el fondo, sí. No habíamos contado con la censura de las noticias. Fue una situación en la que, de repente, nos vimos limitados a nosotros mismos. Perdimos de vista el punto de referencia.

¿Lo echabais de menos?

¿Qué quiere decir echar de menos? Partíamos de la convicción de que tras el secuestro también se pondrían en evidencia otros temas. Pero nuestros planes no se regían por esto.

¿Con cuánta gente habéis discutido? ¿Las decisiones se tomaron entre dos o tres personas o las discutisteis entre los que participaron en el secuestro?

Había situaciones en las que no todos estaban presentes. Se juntaron personas con experiencias muy distintas, pero se intentaba, dentro de lo posible, que todos participasen en la toma de decisiones. No conozco a nadie que entonces se hubiera quejado de que no se le tenía en cuenta políticamente.

¿En esos momentos aún hubieseis sido sensibles a una reacción de la izquierda?

Ésa no era la cuestión. La acción se tenía que decidir en un par de días. En una situación así es imposible discutir públicamente. Luego la cosa tampoco se puso fácil: si hubiésemos elaborado un escrito para la izquierda, ni siquiera le hubiese llegado. Si alguien hubiese tenido un escrito así y no lo hubiese entregado enseguida a la policía, hubiese acabado inmediatamente en la cárcel.

Pero había la posibilidad de establecer contacto a través del periódico francés Liberation.

Quizás. No estoy tan seguro de que en esa situación se hubiese podido dar un debate abierto con la izquierda. El hecho es que ni por nuestra parte ni por parte de la izquierda se intentó. La historia es como es, y la tenemos que aceptar tal cual y asumir la responsabilidad. Tengo que admitir, para mi vergüenza, que fue mucho más tarde, durante mi juicio, cuando empecé a ver mi historia desde otro punto de vista y me planteé que deberíamos haber explicado mucho más claramente por qué habíamos secuestrado justamente a Schleyer. Deberíamos haber puesto condiciones que apuntasen en otra dirección. Lo lógico habría sido exigir que Daimler-Benz destapase los archivos sobre la utilización de trabajadores forzosos y obligar al consorcio a pagar las indemnizaciones a los trabajadores forzosos. Podríamos haber dicho: respecto a la

cuestión de los presos, sólo es posible el enfrentamiento mortal; pero en un terreno diferente, volvemos a aquello que realmente nos importa por lo que se refiere a los contenidos. Desde una posición como ésta tal vez hubiese existido la posibilidad de encontrar otro final, y para Schleyer una solución más humana.

¿Habéis hablado en el grupo sobre esto?

Si lo hemos hecho, sólo ha sido respecto a las consecuencias de esta acción. Con posterioridad, tengo que admitir que no hicimos nada por romper con el supuesto rumbo forzoso de las cosas. Pero entonces nadie estaba dispuesto a hacer concesiones. Esto habría significado que nos podríamos haber anticipado a muchas cosas que vimos más tarde. Deberíamos haber dicho: la lucha armada, tal como ha ido, no funciona.

¿Teníais claro desde un principio que, si los presos no salían, Schleyer sería ejecutado?

Sí, esto es también lo que se decía en los comunicados...

Pero una cosa es lo que se anuncia en los comunicados y otra lo que sucede realmente.

Y nosotros actuamos, desde luego, de manera diferente. Incluso hubo otro grupo que nos criticó durante la acción, porque no habíamos acabado la acción matando inmediatamente a Schleyer. Decían que, al retardar su muerte y aceptar la táctica dilatoria del Gabinete de Crisis, hacíamos imposible que se tomase en serio a otros en liberaciones de presos posteriores.

Pero hubo una fisura, un punto de inflexión a partir del cual se acabó la espiral de las amenazas recíprocas. Esto fue después del 18 de octubre. El avión había sido asaltado en Mogadiscio, los rehenes liberados, tres palestinos asesinados, y los presos de Stammheim estaban muertos. ¿Por qué no parasteis entonces, por qué no enviasteis a Schleyer a su casa?

Esto habría significado, desde el punto de vista de entonces, que le dábamos la razón a la política del Gabinete de Crisis y lo legitimábamos. Una liberación sin una contrapartida política no se hubiese interpretado como un gesto humano, sino como una aceptación de la derrota, un completo éxito para el Gabinete de Crisis, conforme al lema: ser duro sale a cuenta. Visto desde el presente, yo también soy consciente de las ocasiones desperdiciadas, las posibilidades de intervención política que también a Schleyer le podrían haber allanado el camino a casa.

¿Habíais reflexionado sobre eso, había la posibilidad de llegar a compromisos como, por ejemplo, la liberación de menos presos, la rebaja de las condenas, el reconocimiento como presos políticos?

Si en aquella situación la propuesta de Andreas relativa a la retirada de los presos hubiese llevado a una reacción del gobierno federal; si hubiese habido algún tipo aceptación política; si, por ejemplo, se hubiese ofrecido una comisión internacional para supervisar las condiciones en las cárceles, entonces claro que hubiésemos reaccionado; no hubiésemos podido concebir la idea de perseverar en las condiciones iniciales y asesinar a Schleyer. Se nos pueden echar en cara muchas cosas, pero no que hubiésemos ignorado los intereses de los presos.

«Nosotros estábamos dispuestos a aceptar un compromiso»

¿Qué papel jugó el hecho de que tras seis semanas conocieseis a Schleyer como persona?

Naturalmente que tuvo su importancia; era conmovedor y banal a la vez, como cualquiera que teme por su vida. Pero al fin y al cabo, para nosotros, Schleyer no era solamente alguien que tenía una familia. ¿Tuvo Schleyer en algún momento consideración con los trabajadores despedidos? Schleyer nunca

lamentó seriamente su papel en el protectorado de Bohemia y Mähren (como hombre de las SS era responsable de la integración de la industria checa en la economía alemana de guerra; su despacho estaba entonces a sólo 60 kilómetros del campo de concentración de Theresienstadt, de donde salían los transportes hacia Auschwitz). Además, el gobierno federal impidió la emisión de las cintas de vídeo en las que el propio Schleyer apelaba a razones humanitarias. Tampoco dejó hablar a los presos; si no, tal vez se hubiese hecho pública la oferta de retirada de Baader y los presos hubiesen obtenido otra imagen en la opinión pública. Ellos también tenían familia y amigos que les hubiese gustado volver a ver. Pero el Gabinete de Crisis dejó fuera de juego, de manera intencionada, los aspectos humanos. Siguiendo la lógica de la acción, el final amargo fue la consecuencia obligada. Pero para nuestros objetivos humanos y políticos fue un desastre.

Fuimos tan terriblemente consecuentes —cuando lo importante hubiera sido mostrar nuestra fuerza humana y nuestra generosidad— y políticamente tan poco radicales, hasta inofensivos, a la hora de subvertir las condiciones sociales y hacerlas tambalearse.



Hans Martin Schleyer, dirigente de la patronal alemana, en la foto enviada por la RAF a la prensa para reivindicar el secuestro. Schleyer sería «ejecutado» el 19 de octubre de 1977, al día siguiente del asalto del avión secuestrado en Mogadiscio y de que fueran encontrados muertos en sus celdas los miembros de la RAF Gudrun Ensslin, Andreas Baader y Jan-Carl Raspe.

La guerrilla urbana ya es historia*

* «Die Stadtguerilla ist nun Geschichte», comunicado de disolución de la Rote Armee Fraktion (RAF – Fracción del Ejército Rojo), dirigido en forma de carta al diario berlinés *junge Welt* y publicado en dos partes, los días 22 y 23 de abril de 1998.

(1ª parte)

Hace casi 28 años, el 14 de mayo de 1970, se formó en una acción de liberación la RAF.

Nosotros ponemos hoy fin a este proyecto. La guerrilla urbana bajo la forma de la RAF ya es historia.

Nosotros somos todas aquellas personas que hemos formado parte de la RAF hasta el último momento.

Nosotros realizamos este paso conjuntamente.

A partir de ahora seremos —como todas las demás personas procedentes de este contexto— antiguos militantes de la RAF.

Nosotros respondemos por nuestra historia.

La RAF fue el intento revolucionario de una minoría —en contra de la tendencia de esta sociedad— de participar en la subversión de las condiciones capitalistas.

Estamos contentos de haber formado parte de ese intento.

El final de este proyecto muestra que por este camino no podíamos avanzar. Pero esto no quiere decir que la revuelta haya dejado de ser una necesidad o algo legítimo. La RAF ha sido el resultado de nuestra decisión de ponernos al lado de aquellos que en todo el mundo luchan contra la dominación y por la liberación. Para nosotros ésta ha sido una decisión correcta.

Ni los cientos de años de cárcel que, sumados, pesan sobre los presos y presas de la RAF ni todos los intentos de destruir la guerrilla han podido acabar con nosotros. Hemos buscado la confrontación con el poder. Hace 27 años optamos por integrarnos en la RAF en cuanto a sujetos. Y sin dejar de ser sujetos, la dejamos ahora en manos de la historia.

El resultado nos resulta crítico. Pero la RAF —igual que toda la izquierda hasta hoy— no es más que un estadio de transición en el camino hacia la liberación.

Tras el fascismo y la guerra, la RAF ha aportado algo nuevo a la sociedad: el momento de la ruptura con el sistema y el destello histórico de una enemistad decisiva contra las con-

diciones a las que las personas se ven sometidas y en las que son explotadas estructuralmente, y que han engendrado una sociedad en la que los seres humanos se enfrentan unos a otros. La lucha en la brecha social que abrió nuestra enemistad sólo se anticipó a una liberación que adquiriera verdadero carácter social: la brecha entre el sistema —en el que el beneficio es el sujeto y el ser humano el objeto— y el anhelo de una vida sin las mentiras de esta sociedad cada vez más carente de sentido. Estamos hasta las narices de inclinar la cerviz, de funcionar, de pisar y de que nos pisen. Pasamos del rechazo al ataque, a la liberación.

La RAF surgió de la esperanza de liberación.

Animados por el valor que irradiaban las guerrillas del Sur y las de los países ricos del Norte, surgió a principios de los años setenta la RAF, para a partir de la solidaridad con los movimientos de liberación emprender una lucha conjunta. Millones de personas descubrieron en las luchas de resistencia y de liberación de todo el mundo una oportunidad también para ellas mismas. La lucha armada era en muchas partes del mundo la esperanza para conseguir la liberación. También en la RFA decenas de miles de personas se solidarizaron con la lucha de organizaciones militantes como el Movimiento 2 de Junio, las RZ, la RAF y más tarde la Rote Zora. La RAF surgió como consecuencia de las discusiones que miles de personas mantuvieron en la RFA, a finales de los sesenta y principios de los setenta, sobre la viabilidad de la lucha armada como camino hacia la liberación.

La RAF emprendió la lucha contra un Estado que, tras la liberación del fascismo nazi, no había roto con su pasado nacionalsocialista.

La lucha armada representaba la rebelión contra una estructura autoritaria de la sociedad, contra la individualización y la competencia. Era la rebelión para conseguir una realidad social y cultural diferente. Con los vientos favorables de

otros intentos de liberación por todo el mundo, había llegado el momento para la lucha decisiva, que ya no aceptaba la legitimación pseudonatural del sistema y cuya superación se había propuesto seriamente.

1975-77

Con la ocupación de la embajada alemana de Estocolmo, en 1975, empezó la etapa en la que la RAF dedicó todos sus esfuerzos a liberar a sus presos de las cárceles.

Le siguió la ofensiva de 1977, en cuyo transcurso la RAF secuestró a Schleyer. La RAF puso en cuestión el poder. Comenzó un intento radical y decisivo de lograr para la izquierda revolucionaria una posición ofensiva contra el poder. Justamente esto es lo que el Estado quería evitar. El carácter explosivo de la situación —la escalada en este enfrentamiento— le venía también del trasfondo de la historia alemana: con la continuidad del Estado sucesor del nazismo y al que la RAF alcanzó en su ofensiva.

Schleyer, miembro de las SS durante el régimen nazi, había recuperado, como muchos otros nazis de todos los estratos sociales, su cargo y sus honores. Eran carreras que conducían desde los nazis hasta los puestos gubernamentales de la RFA, la justicia, el aparato policial, el ejército, los medios de comunicación y las directivas de las grandes empresas. Los antisemitas, racistas y genocidas eran muchas veces los antiguos criminales y ahora los nuevos potentados.

Schleyer participaba en el entramado de los nazis y del Capital para la construcción de un espacio económico europeo bajo supremacía alemana. Los nazis querían una Europa en la que no hubiese ni luchas entre trabajadores y Capital ni mucho menos resistencia contra su sistema. Querían suprimir la lucha de clases, intentando implicar a los alemanes o a las personas que fueran «germanizables» y sirviesen como trabajadores en la «comunidad del pueblo». A las demás las esclavizaban haciéndoles hacer trabajos for-

zados o las exterminaban sistemáticamente en los campos de concentración.

Con la liberación del fascismo nazi y el final del exterminio industrial de seres humanos por los nazis no llegó la liberación del capitalismo. Schleyer continuó trabajando, después del 45, por la consecución de los mismos objetivos económicos, pero de forma más modernizada. Con el modelo socialdemócrata de los años setenta llegó un empuje modernizador. Como dirigente de la industria, Schleyer continuó trabajando en la creación de un sistema para la contención de la resistencia social contra las condiciones del Capital —p. ej., los despidos— y la integración con coberturas sociales negociadas según tarifas estipuladas. Y de lo que se trababa ahora también era de integrar sobre todo la parte alemana de la sociedad, lo que le posibilitaba al Capital una mayor explotación de los trabajadores inmigrantes y, a escala mundial, la dominación y la explotación de los seres humanos en el Sur, donde provocaba el exterminio masivo por hambre.

La continuación del sistema que Schleyer encarnaba —en los años setenta, durante el periodo del modelo socialdemócrata— es un momento crucial de la reconstrucción y el desarrollo de la RFA.

La obligación terminante de aprobar todas las medidas del Gabinete de Crisis y la persecución de cualquier voz crítica, hasta el extremo de intentar eliminar al contrario político, eran los mismos mecanismos de reacción que habían utilizado los nazis.

Las acciones de la ofensiva de 1977 dejaban claro que en esta sociedad hay lugares que el sistema no consigue recuperar ni controlar. Después de que los nazis exterminaran toda resistencia, con las acciones de los grupos de guerrilla urbana volví, después del 68, un momento de la lucha de clases en la Alemania Occidental postfascista no integrable ya por el poder. El secuestro de Schleyer agudizó considerablemente

este aspecto de la lucha. El Estado no respondió con pánico, como se dice a menudo hoy en día. Reaccionó reprimiendo cualquier expresión de disconformidad con las medidas que tomaba en el marco del estado de excepción. El Estado exigía el sometimiento de todos los medios de comunicación a las directrices del Gabinete de Crisis, a las que se atuvieron voluntariamente la mayoría de ellos. Todos los que no se sometían corrían el peligro de la confrontación con el sistema. Intelectuales, de los que todo el mundo sabía que no simpatizaban con la RAF, pero que estaban en contra de la declaración del gobierno del estado de excepción, no se salvaban del acoso y la represión. Los miembros del Gabinete de Crisis, algunos de ellos con experiencia militar, reaccionaron en el 77 siguiendo el mismo patrón que los nazis —aunque éstos lo hicieron en unas dimensiones mucho más salvajes—, a fin de no dejar emerger o para exterminar luchas anticapitalistas y antifascistas. Tanto en el fascismo nacionalsocialista como en 1977 la política estatal tenía como objetivo no dejar ningún espacio en la sociedad entre la lealtad al Estado en estado de excepción, por un lado, y la represión, por el otro.

Después de que se viese claramente que el Estado iba a dejar caer a Schleyer, la RAF, dentro de su propia estrategia ofensiva, dio su conformidad para secuestrar un avión civil e inició así una acción de la guerrilla, que parecía dar a entender que la RAF ya no distinguía en esta sociedad entre arriba y abajo. Con la misma ya no se podía identificar la dimensión socialrevolucionaria de la lucha, aun tratándose de un intento justificado de liberar a los presos de la tortura. De la ruptura con el sistema y el rechazo del estado de cosas de esta sociedad —que es la condición previa de cualquier movimiento revolucionario— resultó la ruptura con la sociedad.

De los años setenta a los ochenta

La RAF había puesto todo la carne en el asador y había sufrido una gran derrota.

En el proceso de lucha hasta finales de los setenta se había puesto de manifiesto que de la explosión del 68 había quedado la RAF y pocos más. Muchos de los que participaron en el movimiento del 68 se habían retirado y aprovechaban las oportunidades para hacer carrera dentro del sistema.

La RAF había asumido, como parte de la lucha antiimperialista mundial, la guerra por la liberación en la República Federal. En 1977 quedó claro que no tenía ni la fuerza política ni la fuerza militar para poder influir —también tras la reacción provocada: la guerra interna— de una manera determinante en la situación.

Estaba justificado aprovechar la situación histórica de principios de los setenta para abrir un nuevo y desconocido capítulo en la metrópolis en la confrontación entre imperialismo y liberación. La experiencia de la derrota de 1977 pone en evidencia los límites del antiguo concepto de guerrilla urbana de la RAF. Para que funcionase era necesario un nuevo concepto de liberación.

El concepto del frente de los años ochenta era un intento en esta dirección. La RAF quería crear nuevos vínculos y la base para una lucha conjunta con los sectores radicales de los movimientos de resistencia surgidos desde finales de los setenta. Pero el concepto del frente seguía manteniendo básicamente los rasgos principales del antiguo proyecto de los años setenta. La acción armada siguió siendo el momento central y determinante de todo el proceso revolucionario concebido como guerra de liberación.

El frente antiimperialista de los años ochenta

Al comienzo de los años ochenta había muchas luchas contra proyectos del sistema que atentaban contra los seres humanos; estas luchas, a su vez, eran la expresión de la búsqueda de formas de vida libres. Una eclosión social que buscaba ya en el presente el comienzo de una realidad social diferente.

Miles de personas de los diferentes movimientos salieron a la calle, en los años ochenta, en contra de lo mismo que quería atacar la RAF desde el 79: la militarización de la política de los Estados de la OTAN, que iba a hacer posible que Occidente desatase «mil y una» guerras a la vez —la guerra contra la Unión Soviética y, a la vez, intervenciones militares contra los movimientos de liberación y contra revoluciones como la de Nicaragua, que habían conseguido arrebatarle terreno a favor de la liberación a las dictaduras occidentales—.

La RAF partía del supuesto de que no se iba a quedar sola en esta nueva etapa. Esto se basaba en la esperanza de que los sectores militantes de los diferentes movimientos se integrarían en el frente común.

Pero este concepto pasó por alto que en esa situación social había muy poca gente que le viese sentido a la lucha de liberación llevada al nivel de la guerra. La lucha de liberación —cuyo momento central es la guerra— sólo tiene sentido, si existe la posibilidad de que otras fuerzas en la sociedad le den continuidad: si hay alguna posibilidad de que se expanda, aunque sólo sea entre la parte más radical del movimiento.

Pero ni siquiera los que fueron solidarios —y éstos no fueron pocos— asumieron la lucha con esta idea. La guerra de guerrillas necesita tener la perspectiva de extensión a un nuevo nivel de lucha. Este estadio imprescindible para la existencia de la guerra de guerrillas no lo hemos alcanzado nunca.

La idea de la RAF, que hacía de la acción armada el aspecto central de la lucha, subestimaba los procesos políticos y contraculturales ajenos a la lucha político-militar. La superación de esta orientación estratégica, que en su estructura fundamental no iba más allá de la concepción de los años setenta, hubiese sido la premisa para un nuevo proyecto revolucionario. El frente no podía ser el proyecto de liberación que permitiese superar la separación entre el movimiento y la guerrilla.

La RAF en los años ochenta partía de la convicción de que la premisa socialrevolucionaria consistía en el ataque a las estruc-

turas centrales del poder imperialista. Partiendo de esta base, la política se volvía cada vez más abstracta. Esto condujo a la separación de aquello que debe permanecer unido: el antiimperialismo y la revolución social. La perspectiva socialrevolucionaria desapareció de la teoría y de la práctica de la RAF. La consecuencia fue que el frente antiimperialista se orientó exclusivamente hacia una línea antiimperialista. Ya no se podía identificar a la RAF por la cuestión social. Un error fundamental.

Al subsumir todo contenido político y social bajo el ataque antiimperialista a «todo el sistema», se provocaron separaciones erróneas en lugar de un proceso de unificación; y esto llevó a que las cuestiones planteadas y contenidos concretos de la lucha no fuesen identificables.

La repercusión sobre la sociedad fue limitada, porque la seguridad de avanzar creando una conciencia social y así romper el consenso entre el Estado y la sociedad —momento central de todo proceso revolucionario— desaparecía progresivamente. En lugar de eso, la RAF intentó quebrantar la maquinaria de dominación del Estado con la dureza de sus ataques. Esta decantación en el proceso de lucha perduró a lo largo de los años ochenta y marcó nuestra lucha.

Emprendimos ataques contra proyectos de la OTAN, y junto con otros grupos de guerrilla de Europa Occidental atacamos complejos industriales del Capital; Action Directe de Francia, Brigate Rosse/PCC de Italia y nosotros intentamos construir un frente guerrillero en Europa occidental. La RAF concentraba sus esfuerzos en ataques —en la medida en que lo permitiesen las fuerzas— contra proyectos de la OTAN y, desde el 84, contra el proyecto de los países de Europa occidental de crear un nuevo bloque de poder. Nos concentramos en las pocas fuerzas que teníamos y en las de los militantes más afines a la RAF.

El intento de construir un frente conjuntamente con otros grupos de la resistencia se convirtió más en una carga que en una ampliación enriquecedora. Ésa fue seguramente la razón de que el frente se rompiera, ya que el intento de mantener la

línea «correcta» consumía mucha energía. En esta estrechez no se podía desarrollar ninguna dinámica política.

En lugar de los nuevos horizontes que la variedad de luchas parecían abrir a principios de los ochenta, la rigidez y la estrechez fueron ahogando la política a lo largo de la década.

Había un gran contraste entre la disposición de los militantes de la RAF a darlo todo en el enfrentamiento y la falta de resolución a la hora de buscar nuevas ideas para el proceso de liberación. En este aspecto se arriesgó poco.

Por aquel entonces —la concepción de los años ochenta era muy reciente— también se produjo una evolución por nuestra parte, marcada a veces por una política llevada a cabo con actitud consecuyente y manifiestamente fría que, al fin y al cabo, no era otra cosa que «hacer política» (demasiado alejada de todo lo que significaba la liberación).

Aun así, fue una época en la que la RAF y los presos de la RAF mostraron con su determinación, superando situaciones duras y derrotas, que habían permanecido incorruptibles a lo largo de la historia y continuaban con su voluntad de querer cambiar las cosas contra los deseos del poder. Esto dio esperanzas a otros y atrajo a muchos, porque la lucha por la colectividad y la unión se oponía a la individualización y la soledad en la sociedad. La lucha de los presos contra el aislamiento y por el reagrupamiento y la dignidad y la libertad contenía algo que otros muchos también anhelaban, y con lo que muchos se podían sentir identificados. La actitud consecuyente y sin compromisos de la RAF y de los presos respecto al poder se oponía a todo intento de los dominadores de derrotar las luchas por un modo de vida diferente.

Aquellos de nosotros que, en su mayoría, nos integramos tarde en la RAF...

... lo hicimos con la esperanza de poder influir nuevamente con nuestra lucha en las condiciones cambiantes tras las transformaciones radicales ocurridas en todo el mundo. Bus-

cábamos nuevas maneras de llevar a cabo la lucha de liberación, un nuevo camino que nos uniese a otros. Y creíamos verlo reflejado, en parte, en aquellas personas que habían iniciado la lucha antes que nosotros, que habían muerto o que estaban en la cárcel.

La lucha en la clandestinidad había ejercido una gran atracción sobre nosotros. Queríamos romper nuestros límites y liberarnos de todo aquello que nos mantenía dentro del sistema.

La lucha armada en la clandestinidad ya no era para nosotros el único momento posible y necesario del proceso de liberación. Aun así, y precisamente por la crisis de la izquierda, queríamos continuar desarrollando la guerrilla urbana y la ilegalidad como un terreno apto para el proceso de liberación en todo el mundo. Pero ya entonces veíamos que con esto sólo no bastaba. También la guerrilla tendría que cambiar.

Esperábamos conseguir una nueva vinculación entre la guerrilla y otros espacios de resistencia en la sociedad. Para ello buscábamos un nuevo modelo, en el que pudiesen convivir desde las luchas de los barrios hasta la guerrilla.

Para nosotros era importante establecer una relación entre nuestra lucha y la nueva situación social emergente tras el derrumbe de la RDA.

Queríamos trazar nuestro camino haciéndolo converger con el de todas aquellas personas, cuyos sueños se habían desvanecido con el fin de la RDA y con su anexión por la RFA: aquellas que tuvieron que admitir que el socialismo real no había logrado una verdadera liberación, y aquellas otras que, en algunos casos, ya se habían opuesto al socialismo real en tiempos de la RDA y soñaban con poder alcanzar algo que estuviese más allá del socialismo real y del capitalismo. La mayoría de los que habían vivido en la RDA y habían exigido la integración en la RFA, en 1989, no podían intuir entonces todavía la nueva situación de depresión social que habían ayudado a implantar

y la supresión masiva de prestaciones sociales que comportaría. En esta situación, históricamente nueva para todos, queríamos establecer una conexión entre los que se enfrentaban al Estado de la RFA para conseguir la liberación y aquellos que estaban descontentos con la evolución de carácter racista y, en general, reaccionaria en la entonces ya desaparecida RDA. No estábamos dispuestos a dejar este terreno en manos de la resignación ni de la derecha.

Más tarde nos dimos cuenta de que sólo un nuevo proyecto de liberación internacional, que tuviese como punto de partida la nueva realidad del Este y del Oeste, podía estar a la altura de las transformaciones acontecidas. La RAF, la cual tenía sus raíces sólo en la historia de la resistencia en la antigua RFA, no le podía hacer justicia.

El intento de darle de nuevo sentido a la RAF en los noventa fue un propósito poco realista.

Nuestro objetivo era la transformación del proyecto surgido del movimiento del 68 en un proyecto internacionalista y socialrevolucionario de los noventa. Era una época en la que buscábamos algo nuevo, pero —condicionados por los dogmas de los años anteriores— no nos distanciamos de forma suficientemente radical de lo viejo. Y de esta forma cometimos el mismo error que también cometimos todos nosotros después del 77: sobrevaloramos la resistencia en el tiempo de nuestro concepto de lucha. Pero el peligro principal está en desacreditar la lucha armada, cuando ésta se mantiene sin que esté claro cómo ayuda a avanzar perceptiblemente el proceso revolucionario y conduce al fortalecimiento de la lucha por la liberación. Es importante tratar esto de una manera responsable, porque si no se desacredita la lucha armada para siempre, también para esas situaciones en las que vuelva a ser necesaria.

La crisis que en los ochenta llevó a la izquierda a sus límites, y la dejó al borde de la extinción, convirtió nuestro inten-

to de integrar la RAF en un nuevo proyecto en algo irreal. Llegábamos tarde, también para intentar transformar la RAF a través de un proceso de reflexión. Al fin y al cabo, la finalidad de la crítica y la autocrítica no es acabar con una cosa, sino ayudar a su desarrollo. La desaparición de la RAF no es, en definitiva, una consecuencia de nuestros procesos de (auto)crítica y de reflexión, sino una necesidad, porque la concepción de la RAF no contiene lo necesario para que de ella pueda surgir algo nuevo.

Si colocamos este fragmento de nuestra historia actual en el proceso histórico global, podremos ver que este intento de hacer reaparecer la RAF en un proceso político fuerte se ha convertido, sobre todo, en la prolongación de un proyecto que ya se debería haber dado por concluido hace tiempo.

Tuvimos que reconocer que del ímpetu inicial había perdurado sobre todo la forma de lucha. No existía todavía, de manera tangible, ningún sentido que abriese alguna perspectiva más allá de la sociedad del trabajo y de una economía enemiga del ser humano, orientada al beneficio, y que pudiese ser la base de la lucha por la liberación en un futuro y que, a la vez, pudiese unir a muchas personas. Tras nuestra derrota en 1993 sabíamos que no podíamos continuar así, haciendo las cosas simplemente de la misma manera que cuando iniciamos el cambio de rumbo de nuestra lucha en 1992. Creíamos firmemente que habíamos determinado correctamente nuestros objetivos, pero que habíamos cometido graves errores tácticos. Queríamos reflexionar sobre todo esto junto con los que aún estaban en las cárceles y empezar todos juntos una nueva etapa.

Pero al final se demostró, a raíz de la —para nosotros— dolorosa escisión de una parte de los presos, que nos declaró enemigos¹⁷, que las premisas básicas de constitución de la RAF —solidaridad y lucha por lo colectivo— ya se habían esfumado completamente.

«Dejamos atrás un camino común» (2ª parte)

El proceso de nuestra propia liberación...

... lo considerábamos muy importante, pero, sin embargo, se quedaba bloqueado una y otra vez. Deseábamos tanto lo colectivo como la superación conjunta de toda alienación. Hemos soslayado y obviado, con frecuencia, la contradicción existente entre liberación y guerra. La guerra revolucionaria también genera alienación y estructuras de poder que están en contradicción con la liberación. Afrontar esto de tal manera que no se convierta en algo estructural sólo es posible, si existe una conciencia sobre ello. De lo contrario, toman cuerpo nuevas estructuras autoritarias y endurecimientos tanto en la política como en las relaciones. Esto se puso de manifiesto, por ejemplo, en las estructuras jerárquicas cambiantes del frente de los años ochenta y los rasgos autoritarios existentes en la escisión del año 93. Y se puso de manifiesto también en un nuevo aburguesamiento de la percepción y de la manera de pensar, lo que en la historia de la RAF llevó a que hubiese demasiada gente que seguía luchando aquí, pero que no veía justificada ya la revuelta en su conjunto.

Fue un error estratégico no construir, junto a la organización ilegal, armada, una organización político-social.

En ninguna fase de nuestra historia se ha llevado a cabo la creación de una organización política más allá de la lucha político-militar. Los planteamientos de la RAF sólo admitían, en definitiva, la lucha armada, con el ataque político-militar como eje central.

En los comunicados más importantes de la RAF hasta mediados de los setenta aún no quedaba clara esta cuestión, y difícilmente podría haber sido de otra forma. Existían muy pocas experiencias de guerrilla urbana en la metrópolis y mucho menos en la RFA. Muchas cosas se tenían que averiguar prime-

ro y ver si en la práctica funcionaban o no. A pesar de esto, existía una dirección respecto a la cuestión principal de si el proyecto de liberación podía ser realizado por una organización ilegal mediante la lucha armada, o de si la construcción de la guerrilla debía ir de la mano de la construcción de estructuras políticas que pudieran surgir de procesos de base. Nuestros camaradas presos escribieron sobre esto, en enero de 1976, que la lucha armada desde la ilegalidad era la única posibilidad para una actuación crítica-práctica en el imperialismo.

También la propuesta de mayo de 1982 se mantuvo fiel a esta concepción errónea, a pesar de todas sus contradicciones y de que representaba un intento de encontrar un nuevo nexo político con otros. Porque tampoco esta propuesta rompía con la centralidad de la lucha armada en la metrópolis. Las actividades políticas resultantes del proceso del frente se redujeron mayoritariamente a la difusión de este ataque entre las estructuras de la izquierda radical.

La ausencia a lo largo de más de veinte años de una organización política tuvo como consecuencia que en todo momento el proceso político fuese débil. La sobrevaloración del efecto de las acciones político-militares en la metrópolis en las últimas décadas fue lo que condicionó esta concepción.

La RAF aplicó su estrategia de lucha armada de manera diferente en las diversas fases y en ningún momento alcanzó el estadio, en el que el ataque militante llega a donde tiene que llegar: a ser la opción táctica de una estrategia de liberación integral.

Esta debilidad también ha contribuido a que nuestra organización, al final de una etapa de más de dos décadas, ya no pudiera ser transformada. No se daban las condiciones necesarias para poder trasladar el peso principal de la lucha al ámbito político, tal como queríamos hacer en 1992. Pero, al fin y al cabo, esto no fue más que una consecuencia del error estratégico subyacente.

La falta de una organización político-social ha sido un error decisivo de la RAF. No es el único error, pero sí una

razón importante de que la RAF no pudiera construir un proyecto de liberación más fuerte y de que, finalmente, faltara la condición imprescindible para lograr una mayor influencia sobre la evolución social, construyendo un movimiento opositor de lucha y búsqueda de la liberación. Errores conceptuales como éste, que acompañaron a la RAF durante toda su vida, muestran que la concepción de la RAF ya no podrá tener validez en los procesos de liberación del futuro.

El final de la RAF se produce en un momento en el que todo el mundo se ve enfrentado a las consecuencias del neoliberalismo. La lucha internacional contra la expulsión, contra la exclusión y por una realidad social justa y fundamentalmente diferente se opone a toda la evolución del capitalismo.

Las relaciones globales e intersociales se agudizan cada vez más en la turbulencia del desarrollo histórico tras el final del socialismo real. No es una contradicción que demos por finalizado nuestro proyecto, pero sigamos creyendo en la necesidad de hacer todo lo posible, dentro de lo razonable, para que pueda surgir un mundo más allá del capitalismo, en el que se pueda hacer realidad la emancipación de la humanidad. En vista de las consecuencias espeluznantes del derrumbamiento del socialismo real en todo el mundo y del empobrecimiento en masa de millones de personas en la antigua Unión Soviética, sería insuficiente hablar hoy en día sólo de las oportunidades que se abren con el final del socialismo real. No obstante, también nosotros pensamos que en el modelo del socialismo real no resultaba posible una verdadera liberación. Queda pendiente aún sacar las conclusiones de las experiencias antiemancipatorias producto de concepciones autoritarias y burocrático-estatalistas del socialismo real para futuros caminos de liberación.

Con el derrumbamiento del socialismo real ha desaparecido la competencia de sistemas y, en consecuencia, los acto-

res del sistema capitalista ya no se ven en la necesidad de tener que aparentar que su sistema es el «mejor». Con la caída de este obstáculo ideológico para el Capital se ha iniciado un proceso de desencadenamiento global del Capital: toda la humanidad ha de ser sometida a las necesidades del Capital. El neoliberalismo es el fundamento ideológico y económico para un avance mundial en la optimización de la explotación de los seres humanos y de la naturaleza para el Capital. Los representantes del sistema lo llaman «empuje reformador» o «modernización».

Es más que evidente que la evolución actual del sistema trae consigo más rigores sociales y existenciales para una aplastante mayoría de la humanidad. Para la mayoría de las personas en el mundo el neoliberalismo significa una nueva dimensión de la amenaza que pende sobre sus vidas.

Sólo aguantan la lucha por la hegemonía política y el poder económico las economías que utilizan sus recursos en la búsqueda exclusiva del beneficio de las multinacionales y de una parte cada vez más pequeña de la sociedad. Los efectos retroactivos de este funcionamiento del sistema conducen a profundos cambios dentro de las sociedades; y, además, a que el empobrecimiento progresivo y el embrutecimiento que conlleva provoquen el desencadenamiento de más guerras y barbarie. Cuando se vean afectados sus intereses económicos y políticos, los países ricos no dudarán en intervenir en estos conflictos mediante la guerra para seguirse asegurando «el acceso ilimitado a las materias primas» de la Tierra y para imponer su deseo de poder. Nunca les moverá el interés por buscar soluciones verdaderas para las personas, sino sólo el de controlar la destrucción que causa su sistema y extraer de ésta beneficios para unos pocos.

No es una contradicción, sino que responde totalmente a la lógica del sistema, el hecho de que en esta fase podamos asistir a las crisis de los sistemas políticos y al hundimiento de las sociedades en todo el mundo, e incluso al empobrecimiento de grandes masas en las metrópolis que hasta ahora

habían permanecido a salvo de la miseria, al mismo tiempo que las corporaciones transnacionales tienen más poder que nunca y obtienen más beneficios que nunca.

Paradójicamente, la exitosa maximización de beneficios del Capital, con el subsiguiente proceso de desintegración de las sociedades, parece llevar al Capital a sus propios límites. Con esta evolución lo que nos amenaza es, sobre todo, un nuevo avance de la barbarie. La dinámica inherente al desarrollo del sistema hará que este proceso negativo se prolongue sin fin, hasta que se fragüe una nueva concepción de la liberación de la que surjan nuevas fuerzas para poder superar este sistema. Sin embargo, hoy en día no tenemos en nuestro haber sólo las derrotas de la izquierda histórica y la violencia de la situación social mundial, sino que también tenemos la mecha de los movimientos revolucionarios que pueden tomar como referencia la experiencia de la historia de la resistencia en todo el mundo.

Dentro de esta evolución global, el capitalismo apuesta cada vez menos también en las metrópolis por comprar la tranquilidad a través del sistema de protección social estatal. En vez de eso, se margina a partes cada vez más amplias de la sociedad que ya no resultan necesarias en el proceso de producción. «Potencia mundial» y «Estado social» ya no pueden convivir juntos. En lugar de los antiguos «Estados sociales», en Europa, por ejemplo, se convierte a todo un continente en un Estado policial bajo la hegemonía política y económica de la RFA y con la RFA como Estado racista puntero.

Se envía a la policía y a los militares contra los que huyen de la miseria, la guerra y la opresión. Se realizan expulsiones cuyo destino final es la guerra y la tortura. Se crea una sociedad llena de cárceles. Se expulsa de los centros comerciales a los sin techo, a los jóvenes, y a todos aquellos que cuestionan la probidad de las tradiciones y de la burguesía, mediante la policía y los servicios de seguridad. Se vuelven a introducir centros cerrados como cárceles para niños. Se intenta ejercer un control completo sobre los refugiados mediante tarjetas-

chip que, en un futuro no lejano, se intentarán usar con otros grupos sociales. Porras y armas serán la respuesta a las revueltas previsible de los que han sido marginados. Exclusión, persecuciones y expulsiones. Y ni siquiera se puede descartar que se pueda producir la apropiación total del ser humano a través de su producción genético-tecnológica.

También aquí y en muchas otras partes resulta habitual la marginación y la persecución por medio del declive social dentro de la sociedad. El racismo desde abajo amenaza la vida de millones de personas, lo que en Alemania lleva implícito la marca asesina de la continuidad histórica. La exclusión desde arriba de los inválidos y las agresiones contra ellos desde abajo muestran una sociedad en su brutalidad cotidiana. Sólo se quiere a las personas que no supongan un obstáculo para la eficacia de este sistema económico y todo lo que es susceptible de ser capitalizado. No ha de quedar sitio para cualquier otra cosa que se sitúe fuera de la sociedad capitalista. Todas aquellas personas, y son muchas, que ya no pueden vivir aquí o que ya no quieren vivir aquí —y también son muchas las que deciden poner fin a sus vidas— son una prueba diaria de lo absurdo que resulta este sistema y de la dureza de la sociedad.

La comercialización del ser humano y la violencia en los hogares de esta sociedad, en sus calles, es la violencia de la opresión, es la frialdad social contra el otro, contra la otra, es la violencia contra las mujeres; todo esto es expresión de las condiciones racistas y patriarcales existentes.

La RAF siempre estuvo enfrentada a la mentalidad-conciencia de una gran parte de la sociedad. Esto es un paso necesario en el proceso de liberación, porque las condiciones externas no son sólo reaccionarias, sino que éstas generan lo reaccionario en el ser humano, que reprime constantemente su capacidad de liberación. Sin lugar a dudas, es vital enfrentarse al racismo y a cualquier otra forma de opresión y luchar contra ello. Los proyectos de liberación del futuro tendrán también que evaluarse en función de su capa-

cidad para encontrar la llave de las conciencias cerradas de forma reaccionaria y para saber despertar el deseo de emancipación y de liberación.

La realidad del mundo nos demuestra hoy en día que hubiese sido mejor que el levantamiento mundial, del que también surgió la RAF, hubiese tenido éxito.

El levantamiento mundial, del que también surgió la RAF, no tuvo éxito, lo que ha significado que hasta ahora no se ha podido cambiar el curso de este desarrollo destructivo e injusto.

Más que los errores cometidos, nos pesa el hecho de que no hemos sido capaces de encontrar respuestas satisfactorias a este desarrollo. La RAF procede del levantamiento de las últimas décadas, que no pudo predecir con precisión la evolución del sistema, pero que intuía el peligro que implicaba. Sabíamos que este sistema iba a permitir vivir con dignidad a cada vez menos personas en el mundo. Y también sabíamos que este sistema quiere tener el acceso total al ser humano, para conseguir que sean las propias personas las que se sometan a los valores dominantes y los acaben haciendo suyos. De estos supuestos se alimentaba nuestra radicalidad. Para nosotros no había nada que perder con un sistema así. Nuestra lucha —la violencia, con la que nos enfrentamos a las condiciones imperantes— tiene una parte difícil y espinosa. También la lucha por la liberación tiene su lado oscuro. Atacar a personas por la función que desarrollan dentro del sistema está —para todos los revolucionarios del mundo— en contradicción con su manera de pensar, con su manera de concebir la liberación. Aunque existan fases en el proceso de liberación, en las que esto se vea como algo necesario, por la existencia de aquellos que quieren la injusticia y la opresión y que defienden el poder que tienen ellos u otras personas. Los revolucionarios anhelan otro mundo en el que nadie decida quién tiene derecho a la vida y quién no. No obstante, cree-

mos que el rechazo que ha provocado nuestra violencia tiene rasgos de irracionalidad. Porque el verdadero terror es una condición inherente al funcionamiento normal del sistema económico.

La RAF no ha sido todavía la respuesta para la liberación, quizás sí un aspecto de ella.

Aunque todavía hoy hayan quedado tantas preguntas sin respuesta, estamos seguros de que de la idea de liberación del futuro sólo podrá surgir un núcleo de relaciones libres, si es portadora de toda la diversidad real necesaria para trastocar las condiciones imperantes. «La línea correcta», que ignora las circunstancias de la vida porque las considera poco eficientes para la misma, es tan inútil como la búsqueda del sujeto revolucionario. El proyecto de liberación del futuro tendrá que conocer muchos sujetos y múltiples aspectos y contenidos, que no tienen porqué tener nada de arbitrario. Necesitamos una nueva concepción, en la que puedan convertirse en sujeto las personas y los grupos sociales más diversos, sin dejar de ser un lugar de encuentro. En este sentido, el proyecto de liberación del futuro no se podrá encontrar en ninguna de las antiguas concepciones de la izquierda de la RFA a partir del 68 —ni en la de la RAF ni en las de otros—. La alegría de construir un proyecto de liberación integrador, antiautoritario, pero dotado, no obstante, de una organización estable, está aún por consumarse y lo que es más importante: apenas se han hecho intentos en este sentido.

Vemos que también en esta parte del mundo hay personas que intentan encontrar caminos que les permitan salir del callejón sin salida.

Tenemos las esperanzas puestas también en aquellos que en los rincones más recónditos de este país —donde la hegemonía cultural de la derecha fascista no es en el presente una excepción— tienen el valor de unirse en contra del racismo y los neonazis para luchar y defenderse a ellos mismos y a otros.

Es necesario ser conscientes de que nos encontramos en un callejón sin salida para poder encontrar caminos que nos saquen de él. En este caso puede ser totalmente oportuno abandonar algo a lo que teóricamente se le podría dar continuidad.

Nuestra decisión de dar por acabado algo es la expresión de la búsqueda de nuevas respuestas. Sabemos que esta búsqueda nos une a muchas personas en todo el mundo.

Habrán aún muchas discusiones antes de que el conjunto de todas las experiencias nos dé una imagen realista y fiel de la historia.

Queremos formar parte de esta liberación conjunta. Queremos que se pueda aprender algo de nuestros propios procesos y aprender de otros.

Esto también excluye antiguas concepciones de vanguardias que dirigen la lucha. Aunque la «vanguardia» hace ya muchos años que no tiene nada que ver con lo que nosotros entendemos por lucha, las antiguas concepciones de la RAF no permiten una verdadera supresión de ésta. Éste es un motivo más para abandonar esta concepción.

Las guerrillas de las metrópolis han devuelto la guerra, que los Estados imperialistas libraban fuera de los Centros, al corazón de la bestia.

A pesar de todo lo que deberíamos haber hecho de otra manera, en esencia era correcto enfrentarse a la situación en la RFA e intentar obstaculizar con resistencia las continuidades de la historia alemana. Queríamos que la lucha revolucionaria también tuviese una oportunidad en la metrópolis.

La RAF ha emprendido la lucha, y la ha intentado desarrollar a lo largo de más de dos décadas, en un terreno social impregnado por una historia con pocas muestras de resistencia y por la ausencia de un movimiento contra el fascismo, y por la existencia, eso sí, de una población leal al fascismo y a la barbarie. La liberación del fascismo tuvo que llegar, a diferencia de otros

países, desde fuera. Aquí no se tomó la decisión de realizar una ruptura «desde abajo» con el fascismo. Han sido pocos los que en este país se han enfrentado al fascismo; demasiados pocos los que dieron muestras de humanidad. Ellos, los que lucharon en la resistencia judía, comunista o en cualquier otra resistencia antifascista fueron importantes para nosotros. Y siempre lo serán. Eran los pocos rayos de esperanza en la historia de este país, desde que el fascismo empezó en el 33 a exterminar todo lo que hubiera de social en esta sociedad.

Al contrario que ellos, la tendencia de esta sociedad ha sido, casi siempre, aceptar lo que dicen los poderosos: es la autoridad la que determina lo que es legítimo. Dentro del proceso de destrucción social de esta sociedad, que fue la premisa indispensable para el genocidio cometido por los nazis, la indiferencia respecto a los demás continúa siendo en el presente un aspecto fundamental. Después del fascismo nazi, la RAF rompió con estas tradiciones alemanas y las privó de toda aceptación. Fue el fruto de este rechazo. No sólo ha repudiado estas continuidades nacionales y sociales, sino que ha transformado su repulsa en una lucha internacional, cuya práctica supuso tanto el rechazo y el ataque contra el Estado alemán y las relaciones de poder en la República Federal como también contra las estructuras militares de sus aliados en la OTAN. Esta alianza, en cuya jerarquía los EE.UU. representaban la fuerza impulsora y tenían el liderazgo indiscutible, intentaba sofocar las rebeliones sociales y acabar con los movimientos de liberación en todo el mundo valiéndose de los militares y de las guerras. Las guerrillas de las metrópolis han devuelto la guerra que aquéllos libraban lejos de los centros de poder al corazón de la bestia.

Hemos respondido a las condiciones de violencia con la violencia de la revuelta.

Al mirar atrás, no vemos una trayectoria sin dificultades y libre de errores.

Pero hemos hecho un intento y con él hemos traspasado muchos límites establecidos por los que detentan el poder y asumidos por la sociedad burguesa.

La RAF no ha podido mostrar un camino para la liberación. Pero en estas dos décadas hemos contribuido a que hoy en día exista la idea de liberación. Cuestionar el sistema era y continúa siendo legítimo mientras haya dominio y opresión en lugar de libertad, emancipación y dignidad para todos y todas en todo el mundo.

Como consecuencia de esta lucha de la RAF, todavía hay nueve antiguos militantes en la cárcel. Aun cuando la guerra por la liberación no haya terminado, ni mucho menos, este enfrentamiento se hay convertido ya en un asunto histórico. Respaldamos todos los esfuerzos tendentes a que los presos y presas, producto de este enfrentamiento, salgan en condiciones dignas de la cárcel.

En este instante de nuestra historia queremos saludar y dar las gracias a todas aquellas personas que han sido solidarias con nosotros en estos últimos 28 años, que nos han apoyado de las más diversas maneras y que, desde sus propios planteamientos, han luchado con nosotros. La RAF ha querido colaborar de forma decisiva en la lucha por la liberación. Esta actuación revolucionaria en este país y en esta historia nunca se podría haber producido, si muchas personas que no se encuadraban en la RAF no hubiesen dado algo de sí mismas en esta lucha.

Dejamos atrás un camino común. Esperamos que nos volviéramos a encontrar todos y todas y muchas personas más en el desconocido y sinuoso camino de la liberación.

Queremos recordar a todas las personas que han muerto en todo el mundo en la lucha contra la dominación y por la liberación. Ellas se han puesto al servicio de unos objetivos que son las metas del presente y del mañana, hasta que no se hayan eliminado todas las circunstancias que hacen del ser humano un ser esclavizado, abandonado y despreciado. Su muerte es dolorosa pero nunca habrá sido en vano. Ellas vivirán en las luchas y en la liberación del futuro.

Nunca olvidaremos a los camaradas del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), que en otoño de 1977

como muestra de solidaridad internacional dejaron sus vidas por intentar liberar a los presos políticos.

Hoy queremos recordar especialmente a los y las que se decidieron aquí a darlo todo en la lucha armada y por ella murieron.

Nuestro recuerdo y nuestro reconocimiento va para todos aquellos y aquellas cuyo nombre no podemos citar porque no lo conocemos, y para Petra Schelm, Georg von Rauch, Thomas Weißbecker, Holger Meins, Katharina Hammerschmidt, Ulrich Weßel, Siegfried Hausner, Werner Sauber, Brigitte Kuhlmann, Wilfried Böse, Ulrike Meinhof, Jan-Carl Raspe, Gudrun Ensslin, Andreas Baader, Ingrid Schubert, Willi-Peter Stoll, Michael Knoll, Elisabeth van Dyck, Juliane Plambeck, Wolfgang Beer, Sigurd Debus, Johannes Timme, Jürgen Peemöller, Ina Siepman, Gerd Albartus y Wolfgang Grams.

La revolución dice:
he sido
soy
y seré

Fracción del Ejército Rojo – Rote Armee Fraktion (RAF)
Marzo de 1998¹⁸

Notas:

1. GSG 9, unidades antiterroristas especiales de carácter paramilitar dependientes del Ministerio del Interior alemán.
2. Neue Heimat, cooperativa de viviendas perteneciente al DGB (Deutscher Gewerkschaftsbund), sindicato único alemán.
3. Springer es el propietario de un imperio mediático y entre los tabloides que posee se encuentra el diario sensacionalista *Bild-Zeitung*, el diario de mayor tirada en la RFA.
4. *Ku'damm*, nombre por el que se conoce en argot a la Kufürstendamm, una de las avenidas más lujosas y caras del centro de Berlín.
5. El 2. *Juni Bewegung* (Movimiento 2 de Junio) fue una organización de activistas herederos de la tradición «sponti» del 68 alemán, de principios antiautoritarios alejados de toda pretensión de vanguardia armada y que actuó en los años setenta en la RFA. Su nombre es un homenaje a Benno Ohnesborg, muerto por los tiros de la policía en el curso de una manifestación de protesta por la visita del Sha de Persia a Berlín, el 2 de junio de 1967.
6. Peter Lorenz, secretario general de la partido demócratacristiano CDU en Berlín, fue secuestrado en plena campaña electoral para las elecciones municipales el 27 de febrero de 1975 y liberado el 5 de marzo, tras conseguir la liberación de 5 presos políticos alemanes. Peter Lorenz se enteraría de que era el nuevo alcalde de Berlín estando aún secuestrado.
7. Las *Revolutionäre Zellen* (RZ – Células Revolucionarias) y la *Rote Zora* (Zora la Roja) fueron dos grupos de activistas que actuaron en los años setenta y ochenta y que intentaron constituirse en alternativa armada a la RAF. Uno de los principios diferenciadores respecto a la RAF es que pretendían no pasarse a la clandestinidad, a fin de hacer compatible la lucha armada con el trabajo en los movimientos sociales, a fin de no perder de vista el pulso de la calle. La Rote Zora (cuyas siglas también son RZ) se constituiría a partir de las Células Revolucionarias y al poco tiempo de vida de éstas, a fin de procurar un espacio específico para el activismo de las mujeres con objetivos temáticos propios: lucha contra el patriarcado, contra las nuevas tecnologías genéticas, etc.
8. Peter Brückner, profesor de Psicología. Fue apartado temporalmente de la universidad, de 1970 hasta 1975, por dar cobijo durante tres días a Ulrike Meinhof. Fue uno de los 49 profesores universitarios que, en 1977, se solidarizaron con el Consejo de Estudiantes de la Universidad de Göttingen, cuya revista fue clausurada y el propio Consejo disuelto, por publicar un pequeño artículo firmado por "Un mescalero de Göttinga" en el cual se comentaba en tono positivo el atentado contra el fiscal general Buback. Los 49 profesores, en un intento de salvar la libertad de expresión y de crear una base de discusión, aun no estando de acuerdo con el contenido del artículo, se atrevieron a apoyar su reproducción en una publicación. La caza de brujas que se inició en la universidad dio lugar a que se obligase a firmar a todos los profesores de Baja Sajonia, donde Brückner daba clases, una declaración de fidelidad al Estado. De los 13 profesores de Baja Sajonia que habían apoyado la publicación,

- sólo Brückner se negó a firmar la declaración, lo que condujo a que fuera apartado definitivamente de la docencia universitaria.
9. BDI: Bund der Deutschen Industrie, Federación de la Industria Alemana; BDA: Bund der Deutschen Arbeitsgeber, Federación de Empresarios Alemanes.
 10. Siegfried Buback, fiscal general del Estado muerto por los disparos del comando Ulrike Meinhof, de la RAF, el 7 de abril de 1977.
 11. Jürgen Ponto, director del Dresdner Bank, muerto durante un intento de secuestro el 30 de julio de 1977 por un comando de la RAF.
 12. VVN: *Verband der Verfolgten des Naziregimes*, asociación de perseguidos por el régimen nazi.
 13. SEK: *Sondereinsatzkommando*, unidades de intervención especial de la policía.
 14. El 27 de junio de 1976, un comando palestino —con intervención de dos miembros de las Células Revolucionarias— secuestra un aparato de Air France con 250 pasajeros y lo desvía hacia el aeropuerto de Entebbe (Uganda). Exigen la liberación de 53 personas presas en varios países, entre ellas 6 presas y presos alemanes. En el avión había unos 100 pasajeros de nacionalidad israelí y otros de origen judío, que fueron separados del resto pasajeros, para proceder a liberar a los presos no judíos, lo que fue objeto de una polémica añadida a la del secuestro entre la izquierda alemana. Una unidad militar israelí asaltó el avión, liberó a los rehenes y mató a todos los integrantes del comando secuestrador, incluidos los dos miembros de las RZ.
 15. Landshut, nombre del aparato de Lufthansa secuestrado.
 16. Leila Khaled, activista palestina.
 17. La escisión de 1993 vino provocada por el desacuerdo de una parte de los presos, que no estaban de acuerdo con el proceso de discusión abierto por la militancia activa y el resto de los presos sobre la posibilidad de renunciar a la lucha armada y disolver la RAF.
 18. En la actualidad quedan aún cinco presos y presas de la RAF en prisión: Eva Haule, Birgit Hogefeld, Christian Klar, Brigitte Mohnhaupt y Rolf-Clemens Wagner.